

R62  
R63

Z1

MIENTRAS VIVAMOS DURMIENDO SOBRE UNA PASAJERA TRANQUI-

LIDAD ESTAREMOS OLYDANDO UN DESTINO. — ALGO MAS : LA RESPONSABILIDAD DE UN DESTINO

TROS MALES CON UNA CATEGORICA, ESENCIAL Y DEFINITIVA MOVILIZACION DE LAS CONCIENCIAS

AÑO VII - N.º 62-63

SEPTIEMBRE DE 1951

# POLITICA Y ESPIRITU

CUADERNOS MENSUALES DE CULTURA  
POLITICA Y ECONOMIA SOCIAL

## SUMARIO

CHILE Y GABRIELA MISTRAL. — CHILE MI-  
RADO, por *Eduardo Blanco-Amor*. — SEMBLANZA  
DE EDUARDO FREI, por *Alejandro Magnet P.* —  
HACIA LA COPROPIEDAD Y LA COGESTION  
DE LAS EMPRESAS, por *Sergio Baeza Pinto*. — LAS  
CRISIS CICLICAS EN LOS SIGLOS XIX Y XX,  
por *G. Vallée, E. Personne y P. Mennard*. — ESCUE-  
LAS DE ESTADO Y FORMACION CRISTIANA,  
por *Georges Delcuve S. J.* — PANORAMA NACIONAL.

LIBROS

DEBEMOS GRITAR NUESTRA ANGUSTIA Y SALIR AL PASO DE NUES-

3946

# POLITICA Y ESPIRITU

CUADERNOS MENSUALES DE CULTURA  
POLITICA Y ECONOMIA SOCIAL

ADMINISTRACION - REDACCION

Ahumada 57 - Teléfono 89166

Casilla 3126 - Santiago de Chile

DIRECTOR

Andrés Santa Cruz Serrano

COMITE DE COLABORACION

Jaime Castillo Velasco

Raúl Oliva Murillo

Jacques Chonchol

Máximo Pacheco Gómez

Sergio Baeza Pinto

Javier Lagarrigue Arlegui

☐☐☐

Valor de la suscripción a la serie de 12 cuadernos, Chile: \$ 220.—; otros países: 4.00 dólares. Las suscripciones son recibidas por la EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A., Casilla 3126 — Santiago de Chile.

En razón del carácter de los Cuadernos, el Director será el único responsable de los artículos que, con o sin firma, aparezcan en ellos. Los originales deben ser dirigidos a la Dirección: Casilla 3126.—No se devuelven originales ni se insertan colaboraciones espontáneas que no correspondan al carácter de estos Cuadernos.—Se prohíbe reproducir íntegra o fragmentariamente los artículos de estos Cuadernos, sin indicar su procedencia.

Trabajaron en la preparación y redacción de este número:  
Raúl Oliva M. y Andrés Santa Cruz S.

# POLITICA Y ESPIRITU

AÑO VII - NUMERO 62-63

SEPTIEMBRE 1951

## CHILE Y GABRIELA MISTRAL

*En estos días de Septiembre, en que para los chilenos la Patria se nos vuelve carne y alegría, fruto y brisa de primavera, por sugere-  
rente coincidencia, debemos referirnos en estas páginas a Gabriela  
Mistral. Ahora, transcurridos más de cinco años desde que fuera  
agraciada con el máximo galardón literario del mundo, el Premio  
Nobel, se le ha concedido el Premio Nacional de Literatura. Sin  
embargo, el hecho de que este Premio se le haya otorgado tardia-  
mente nada importa ni significa. Hay personas que están por encima  
de estas pequenezes humanas, a las que no vale la pena referirse.*

*Los chilenos hemos sentido siempre muy cerca a Gabriela Mis-  
tral, unida a nosotros por un mismo inquieto amor a esta tierra y  
a su destino, que ella encarna y afirma ante la faz del mundo, con  
su poesía y con la nobleza ejemplar de su ser. Por ello, el otorga-  
miento del Premio Nacional de Literatura ha sido recibido con  
profunda satisfacción por Chile entero.*

*¿Qué podríamos decir en esta ocasión de Gabriela Mistral que  
ya no se hubiera dicho? ¿Qué del sentido profundo de su vida y  
de su obra literaria y humana? Sólo repetir lo que otros han expre-  
sado ya y mejor que nosotros.*

*Mujer profundamente cristiana, bíblica diríase, traspasada has-  
ta la médula por los imperativos de caridad y de justicia que Cristo  
trajo al mundo y de los cuales el Evangelio da testimonio. Hecha  
de una compenetración sustancial con el corazón humano, sus des-  
fallecimientos y sus impulsos de purificación. De una mirada car-  
gada de piedad por los que sufren, por los débiles, por los niños,  
por los pobres, por los desconsolados de la tierra. Allá está ella vol-  
cando su sentido cristiano del mundo y de las cosas, pidiendo por  
los que padecen hambre y sed de justicia, por los que tienen necesi-  
dad de una palabra de amor, por los que necesitan pan para ser*

buenos, por los que luchan por la libertad para ser dignos. Ella, la mujer fuerte del Evangelio, está allí, de pie, dando testimonio de la verdad cristiana y humana que hace grávido su corazón. Pero, en su lucha, no hay ese grito ronco del desesperado, no hay ese encono sombrío del que es movido por el ánimo de la revancha. No. Ella trabaja segura, tranquila, serena. Tiene confianza en el hombre. Tiene fe en el espíritu humano. Es la esperanza que alienta su combate de artista. Y es esta fe en el hombre, esta indestructible confianza en la utilidad del esfuerzo y de los sacrificios, otro de los rasgos profundos de su corazón y de su obra misma. Y agitándose con un nimbo en torno a todo lo suyo, está siempre el dulce y persistente recuerdo de su tierra, de su Patria, de nuestro Chile. Es nuestra y no nos olvida. Su espíritu, ciertamente, no puede encerrarse detrás de una frontera; pero ella sabe ser chilena en lo americano, chilena en lo universal.

En estos días en que los chilenos sentimos más viva e intensamente lo que nuestra Patria significa, sentimos en igual forma la presencia y el espíritu de Gabriela Mistral y a ambas rendimos homenaje.

# CHILE MIRADO

por *Eduardo BLANCO - AMOR*

## I

### DEPURACION, CASTIGO, MODESTIA

Digamos que, en general, si bien me resulta grato ya no me resulta cómodo hablar de Chile para los chilenos. Entresacando de las críticas numerosas que suscitó mi libro "Chile a la Vista" aquello que más las unificase, me encuentro que el concepto más reiterado es una especie de duda ante la euforia que el texto refleja. Esta constante podría resumirse así: "¿Somos en realidad como se dice en este libro?" ¡Ni que en aquellas páginas se afirmase que Chile es el paraíso terrenal, que los chilenos son todos ángeles, arcángeles, querubines y serafines, y que las chilenas configuran las potestades, potencias, virtudes y dominaciones!

Esta actitud dubitativo, empero busque y deseé una afirmación o una confirmación a través de la aparente duda, como esas mujeres que aun sabiéndose bellas se miran, al pasar, en todos los espejos, llega a crear en el comentarista de buena fe un estado de perplejidad y desánimo. El temor de que sus observaciones puedan ser interpretadas como fraguadamente postizas, como interesadas, en el sentido venal de la adulación, resulta fuertemente coactivo, incómodo para quien es, desde siempre, hombre de pluma resoluta y de lengua monda, sin importársele las consecuencias y sin admitir otros compromisos que los que la verdad le impone.

En mis primeros regresos de ese país, mi pregunta en las reuniones, era ésta:

—¿Hay chilenos aquí? ¿No? Entonces vamos a hablar de Chile. Y me lanzaba a los grandes planos o a los pelos y señales del recuento. Un día, después de la perorata, surgió de entre el concurso un señor con el resuello acelerado y los ojos rojizos, y me apretó contra su trémulo esqueleto.

—¡Me ha emocionado Ud.! Soy chileno...

—¿Y por qué no se denunció Ud. cuando pregunté si los había?

—Porque supuse que iba a hablar mal.

—¿Y de haber sido así?

—Entonces... veríamos.

El chileno está siempre como preparado para la observación negativista ajena. Digamos también que su margen de tolerancia

no es estrecho ni maníaco frente a la observación foránea, y de buen grado acompaña al escoliasta en su comentario, mientras éste se apoye en el afán de de verdad y en la generosidad discriminativa. En tal sentido su nacionalismo no reacciona con la repulsa cegata, con el habitual palo de ciego; por lo contrario, es coloquial, armonioso y razonante. Y ello ocurre porque esta actitud ocasional, no es ocasional ni oportunista, sino que le viene de adentro; es su actitud normal ante su país. La actitud espontánea de todo chileno ante su país es hipercrítica y, por veces, demoledora. En cambio no sabe qué hacer con el elogio; y aunque probablemente le guste, tarda en digerirlo. Sólo a condición de que le parezca absolutamente veraz — una veracidad valorada más que con la dialéctica, con el sentimiento — lo tolera. Y aun así, tiende a echarlo a la cuenta de la ingenuidad o de la escasa información del que lo formula. La segunda constante de las mentadas críticas, era ésta: “Evidentemente, le ha *gustado* el país”. El gustar, es una valoración sentimental, no lógica, que puede justificar los otros errores y aun hacerlos simpáticos. En mis primeros días exaltados, yo tuve que oír ésto, una y otra vez:

—Sí, todo lo que Ud. dice es muy bonito... ¡Pero quédese a vivir aquí...!

Este reto, este desafío para una conducta de contacto, de comprobación, fué lo que me hizo permanecer en Chile — mi viaje estaba proyectado y, lo que es peor, presupuestado, para una semana — contra viento y marea, primero un año seguido y luego casi otro año, apenas fragmentado por algunos regresos. Y no sólo permanecer en la molicie capitalina, sino andar de aquí para allá, a trancos y barrancos, sobre ruedas, sobre alas, sobre patas y sobre pies. Porque tampoco fué la cosa con cartas de crédito ni *travellers checks*, sino ganándome el pan con mi oficio de hablar y escribir; es decir duramente. De esta dureza ahí van algunos datos credenciales: Mis artículos en Chile y sobre Chile, salvo un puñado de ellos que me admitieron en “La hora” en los días iniciales, fueron rechazados sistemáticamente por todos los diarios y revistas del país. En 1949, que no me hacía falta, me invitaron a dictar unos cursos en la Escuela de Temporada. Tuve la máxima inscripción de alumnos. En 1950 que me hacía falta, no me invitaron. Ningún organismo, sociedad o juntanza de escritores me convidó a sus cónclaves en tan largos plazos. Un alcalde nortino me invitó a sus lejanías mediante un oficio cuantioso y retóricamente escrito, divagando sobre la cultura. Cuando llegué allá, no me hizo caso. En Temuco, la persona a quien iba recomendado —

un diputado liberal — se excusó por teléfono. Un tal Don Germán Picó Cañas, a quien un gran amigo le había dicho, en secreto, que yo era un genio, dejó sin contestar una larga carta manuscrita, especie de poético SOS, que le escribí desde Puerto Montt, ofreciéndole otro puñado de artículos para las columnas benéficas de "La Hora". Cuando luego me enteré de la índole comercial del señor Picó Cañas, pude explicarme su insensibilidad ante los autógrafos literarios, porque bien sabido es que no todo el que entiende en letras es hombre de letras. Por su parte los escritores de peso liviano y de peso pesado, se rieron por lo bajo, y algunos por lo alto, de que yo dictase clases de oratoria, como si fuesen de cartomancia o de alquimia. Y así podría continuar hasta llenar estas pacientes páginas...

A esto me refiero cuando hablo de "contra viento y marea" y de "dureza". Y como no fué todo tortas y pan pintado, supongo que tengo derecho a exigir que se me crea cuando "hablo bien" de Chile. No hablo "por" sino "a pesar de". No tiene otro sentido que yo ponga aquí esta especie de "memorial de agravios" que ahora, a la distancia, resulta pintoresco y, en cierto modo fecundo.

Mi experiencia y trato con Chile están, pues, depurados por un mínimum de adversidad, están castigados por la indispensable dificultad. Esta depuración y castigo hacen de la mía una visión dentro de la normativa chilena que no consiente nunca el mogollón ni el bóbilis bóbilis y que exige, para que las ganancias puedan ser feridas como legítimas, este mínimo de adversidad vencida. Y ahora defendido —autodefendido— de la sospecha adulatoria, pongamos otra vez las manos sobre el teclado, a ver que otros arpegios da de sí. Después del *ver*, vengamos un poco al *mirar*.

El estado de irritabilidad hiper crítica del chileno respecto a su país, de apariencia tan negativa, origina, no obstante, una consecuencia inmediata y paradójicamente positiva: su modestia. La modestia es una modulación palmaria de su psicología general. El hipercriticismo no parece ser en Chile un nihilismo, un nadismo, sino una depuración en el sentido de la ascesis personal y de la modelación proveniente del dintorno: un "castigo" en el sentido clásico de rigor que tiene este vocablo. La cantidad de términos burlescos —burlescos hasta fonéticamente— con que la verba popular, inventada al margen de la tradición idiomática, define ahí al enfático (futre, jaibón, palo grueso, macanudo, etc.) es muy significativa. No se trata de un hipercriticismo colindante con la anulación, sino con la eficacia. Obra como esas dolencias menores

que los médicos llaman "estímulos funcionales" y que tienen por objeto mantener el organismo en estado defensivo.

Esta certeza de saberse cercado por el avizoramiento valorativo, por la modelación crítica del medio —en lo intelectual y más acentuadamente en lo moral—, es lo que centra al chileno en un tipo de convivencia modesto y armonioso. La modestia no es la actitud gazmoña tras la que el mediocre ampara toda posibilidad de juicio, ni es esa forma peor de la vanidad en que escuda su maniobra el hipócrita, sino un estado perenne de atención subjetiva, a veces en juego y diálogo con el ambiente, pero también un frecuente llamarse a prueba en medio del terrible testimonio de la soledad, a salvo —según la expresión schelleriana— "en el centro de sí mismo". En los países privados de esta forma de sujeción modeladora que es la crítica —uno de los mayores dones psicológicos de la libertad—, existe el peligro comprobado de que las gentes se ensimismen negativamente en la soberbia autovalorativa o se desbarranquen en el énfasis soliloquial, puesto que el medio no les ofrece molde ni límite en que conformarse; y también el riesgo para aquél que parte hacia la aventura del espíritu o de la acción, de no saber tasar de antemano las dificultades itinerarias ni la calidad y altor de los obstáculos. La ausencia de crítica propende, pues, a la proliferación del vacuo y del amargado.

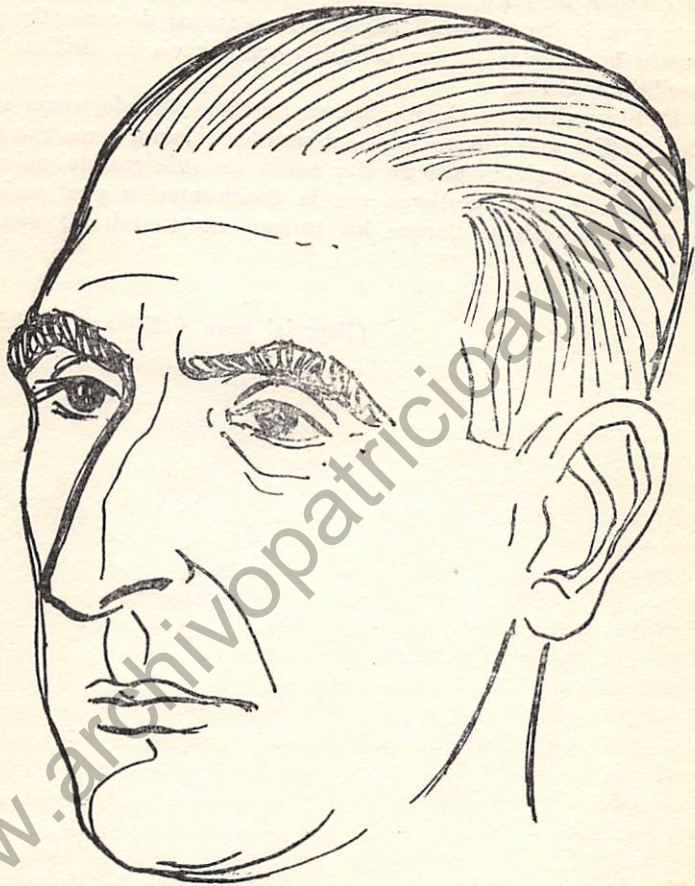
Yo encuentro que la modestia tiene, en Chile, presencia personal y también sentido colectivo. El chileno-masa, sabe que su país es difícil, duro y, más que pobre, trabajoso. No hereda en tradición el orgullo de la plétora, sino la admisión necesaria del duro quehacer. Y, con otra paradoja, de esta aparente negatividad extrae las esencias de su patriotismo brioso, consubstanciado, capaz de ardimiento, pero también modesto, depurado, en el sentido de ser mucho más una actitud potencial que una retórica. Y esta actitud depurante y secretamente ávida de proporción valorativa, infiltra y penetra también sus tratos con lo histórico, que en Chile no llega a ser definitivamente historia porque continúa siendo polémica. La proliferación y desasosiego historicista del chileno no parece configurar ninguna forma de especial narcisismo del pasado, sino más bien un *sentimiento* de la historia como forma viva, sujeta a pasión y a polémica, vigente no como gravitación sino como vivencia en sí. En la historia de Chile no están sosegadas ni las figuras señeras, aunque estén aquietadas en la mitificación o en la religiosidad de la aquiescencia y de la gratitud. El estrato histórico se fijó ya para siempre en el plano ético, pero no en el plano intelectual. El chileno no consiente que sus dioses dejen de



ser hombres. Pareciera haber tras esto, un afán de someter a nueva vida, es decir, a nueva responsabilidad, —mediante procesos inacabables de justipreciación crítica— todo aquello que, tras una final decisión histórica, tendría que ingresar definitivamente en la muerte y en la irresponsabilidad. Y este no acabar de consentir que el rastro humano se deslice definitivamente hacia la deificación, es también modestia.

El hipercriticismo chileno aparece, así considerado, como uno de los perfiles más diferenciales del carácter chileno, y me extraña que no hayan hecho resalte de él y cavilación subsiguiente, quienes ensayan sobre estas cuestiones con la documentación y el sosiego que a mí me faltan. Porque los turistas no escribimos; describimos.

(Especial para *Política y Espíritu*)



EDUARDO FREI MONTALVA

(Dibujo de *Camilo Mori*)

## SEMBLANZA DE EDUARDO FREI (1)

por Alejandro MAGNET P.

El ser íntimo de un hombre, su "yo" último y verdadero, es un secreto entre él y Dios; un secreto que ni el hombre mismo logra penetrar si no dialoga con Dios. Unamuno decía que el hombre realmente no monologa sino *monodialoga*. En este *monodílogo*, Dios estará presente o ausente, pero *está*, y sólo El está, frente al hombre o dentro de él. Esto es lo que hace la diferencia substancial entre la biografía o la novela, y que ninguna "biografía novelada" puede borrar, porque el novelista es Dios para sus personajes y el biógrafo dista mucho de ser tal, frente al hombre cuya vida trata de penetrar. El que trate de serlo es un recurso técnico discutible, que logra sólo confundir los géneros. Esta limitación esencial señala al biógrafo su camino necesario, interpretar a su personaje conforme él mismo se ha interpretado al realizar su personalidad, al asumir la vocación que, más o menos, lo expresa. De tal manera, en una biografía de Miguel Angel, por ejemplo, lo substancialmente biográfico será la la pintura de Miguel Angel; sus apuros de dinero y sus peleas con la familia constituirán meros episodios o anécdotas. En el caso de un político, lo substancialmente biográfico son sus ideas y sus realizaciones; su vida personal interesa en función de las ideas y acciones con que intenta orientar la vida de su pueblo, de su aptitud para convertirlas en una forma colectiva o en realizaciones materiales. Pero algunas vocaciones o destinos presentan al biógrafo el problema de expresar muy poco lo profundo de un hombre, sea por la naturaleza misma de la vocación o porque ella no es en verdad lo que a ese hombre correspondía.

Si este criterio —sobre el cual, es cierto, puede discutirse mucho— se aplica al examen de la vida de buena parte de nuestros políticos, se llega a conclusiones desoladoras. Una de dos: o la vocación política expresa muy poco de lo íntimo y profundo de un hombre, o muchos "políticos" lo son sin vocación y debieron realizar su personalidad cumpliendo otro destino. Pero ¿quién puede dudar que, en los tiempos que corren, la vocación política seriamente asumida no basta a absorber y dar expresión a toda una vi-

---

(1) Con esta semblanza de Eduardo Frei Montalva, "Política y Espíritu" inicia la publicación de una serie de artículos destinados a dar a conocer las figuras más representativas del social-cristianismo en Chile y en el extranjero.

da? Quedan, pues, en pie como alternativas las de que ese destino entre nosotros se enfrenta generalmente sin seriedad, por hombres superficiales, o sin vocación verdadera. Por eso puede aplicarse a muchos aquella excelente paradoja en que Jorge Prat habla de un hombre que "desilusionado de la vida privada se retiró a la vida pública". Actitud semejante, generalizada, contribuye a la baja notable en el nivel de la vida política del país. Porque si, como se dice, los hombres públicos no tienen vida privada, ello debe ser porque toda la suya se expresa o confluye hacia la pública, y no porque los periódicos necesitan entretener a sus lectores o satisfacer ciertos complejos psíquicos.

Sirva lo dicho de explicación y disculpa a lo que sigue. La explicación, a los pacientes lectores, y para que Eduardo Frei me disculpe.

Hace ya más de diez años, Gabriela Mistral hablaba complacida, casi asombrada, del "equilibrio" que Dios había otorgado a Eduardo Frei; de un equilibrio que daba a éste el tino indispensable para manejar fuego y una honestidad extraordinaria para tratar a su adversario, cosa rara a los 29 años que entonces contaba Frei. Este equilibrio ha madurado, se ha acendrado y, paradójicamente, como que se ha agudizado, en los dos lustros transcurridos desde entonces. Quizás, si no fuera por esa "agudización" del íntimo equilibrio que caracteriza la personalidad del autor de "La Política y el Espíritu", sería ahora, en la plenitud de sus cuarenta años, muy difícil enfocarla de manera que un contraste de luces y sombras pusiera sus rasgos salientes más en relieve. Pues lo que, precisamente, aparece en relieve es ese extraordinario equilibrio difícil de penetrar y analizar, que se defiende y afirma a sí mismo. Todo lo contrario de la persona física de Frei, que los caricaturistas de "Topaze", por ejemplo, captaron de inmediato en cuanto el nombre del joven dirigente de la Falange Nacional comenzó a "hacer noticias": un hombre alto, delgado, con un rostro delgado y agudo, con una gran nariz inteligente y fina, casi burlona. Como se sabe, hay gente que adivina el carácter y hasta el destino —dice— por las rayas y las formas de la mano; quirosófos y quirománticos suelen tener aciertos sorprendentes, meros aciertos, pues su "ciencia" está lejos de contarse entre las exactas. Igualmente, hay cultivadores de la metoposcopia, que buscan en las líneas del rostro el secreto del carácter y el destino de los hombres. Gran ciencia para el caso de Eduardo Frei, cuyas facciones revelan desde luego por lo menos uno de los componentes del equilibrio de su personalidad. Por lo cual, convendría notar la profunda sabiduría del

lenguaje que ha hecho de "persona" —la máscara del comediante antiguo— la palabra que designa al "ser" mismo, libre y dueño de sí aún frente a Dios, pero cuya individualidad se manifiesta, ante todo, en el rostro, máscara y espejo del alma a la vez.

Pero los chilenos tenemos una sensibilidad hipertrofiada para captar el aspecto ridículo de las cosas, y hablar con alguna insistencia de las facciones de un hombre *en vue*, y en especial de un político, es extremadamente peligroso; sobre todo desde que alguien, cuya sangre germana no le permitía advertir ese aspecto, habló con deliciosa ingenuidad de los ojos de su "jefe". Tal vez la mejor defensa psicológica que tengamos los chilenos contra las místicas de tipo fascista, endiosadoras o idolátricas de un jefe o caudillo, sea esa percepción del ridículo, que tanta falta hace por lo menos a uno de nuestros vecinos. No insistamos, por tanto, en la nariz de Eduardo Frei, aunque ella ponga inmediatamente de relieve —y sin metáfora, por cierto— uno de los componentes del equilibrio de su personalidad: una aguda, despierta, extraordinaria inteligencia. Esto es ya algo inusitado en la vida política chilena: un hombre inteligente, y muy inteligente, cuya característica es, sin embargo, el equilibrio. Inusitado aunque en Chile no han faltado, ni faltan, los políticos inteligentes. En absoluto: lo que sí ha solido escasearles a éstos es el lastre o contrapeso moral necesario para impedir que su inteligencia se quedase o degenerara en eso que ya, resignadamente, se llama "viveza". O les ha faltado, o más bien sobrado últimamente, el impulso emocional, la pasión que, sin equilibrio, se transforma de motor en una nube que ciega, extravía o acorta la visión del intelecto, el cual, sin un sentimiento noble que lo anime se convierte en una fría, y a menudo estéril, máquina de razonar.

Por otra parte, nuestra historia, incluso la que ahora se está haciendo, aparece llena de hombres equilibrados, de sobrios, graves, severos repúblicos "que no son un peligro ni una amenaza para nadie". Como lo advierte Encina, tales personajes representan un ideal histórico chileno, insuflado a todo el país por la aristocracia castellano-vasca. Su pacatería tradicional, su instintivo temor a los hombres renovadores, ha destacado en los primeros lugares a esos "hombres equilibrados", tratando de dejar en la sombra a los de voluntad recia e inteligencia original, a los dotados de imaginación creadora de formas nuevas y capaces de entusiasmarse y entusiasmar a los demás hasta mover "el peso de la noche" que decía Portales. Los años inútiles que siguieron a la caída de Balmaceda estuvieron bajo el signo de ese acartonado "equilibrio" que consideraba insoluble un problema que no se solucionaba solo y carecía de la visión, flexibilidad y audacia necesarias para seguir el rá-

vido curso de los acontecimientos que estaban transformando el mundo. El año 20 se inició en Chile una serie de cambios profundos, cuya verdadera naturaleza la clase gobernante tardó otros 20 años, por lo menos, en comprender siquiera en parte. Pero el trascendental reajuste que debió operarse no pudo hacerse enteramente dentro de los marcos constitucionales y legales, por más que el año 25 una nueva constitución viniese a poner término al parlamentarismo que había liquidado a la "república en forma". La dictadura de Ibáñez significó una ruptura de la tradición constitucional y civil de la república y marcó un paréntesis en la vida política chilena. Este paréntesis determinó una peculiar evolución en la formación de los hombres nacidos alrededor del año 1910, en el cenenario de la Patria independiente.

Los muchachos nacidos en 1910 podían ingresar a la Universidad unos dos o tres años antes que la actual generación universitaria, es decir, a los 16 o 17. Quizás otras circunstancias contribuyeran también a hacerlos madurar un par de años antes. La dictadura tuvo, por lo menos, el mérito de desviarlos de una prematura acción política, permitiéndoles una formación más seria.

Eduardo Frei, nacido en 1911, entró a la Universidad Católica el año 28. Era un tiempo de prosperidad mundial y la dictadura de Ibáñez mantenía a los partidos en receso. Eso contribuyó a que las preocupaciones de los jóvenes de entonces fueran, ante todo, puramente intelectuales, de preparación seria, desinteresada de problemas pequeños. Así también era más fácil que advirtieran las tendencias universales de los movimientos juveniles; sentían una profunda separación entre su propia generación y las anteriores, sobre todo en el terreno político, en el cual no habían tenido contacto ninguno con ellas. Todo eso los apartaba de la política a una edad en que la actual generación está casi totalmente absorbida por ella. Para los que estudiaban en la Universidad Católica el campo natural de actividad era la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos —ANEC—, cuya labor se había limitado hasta entonces, por lo general, nada más que a organizar bailes y entretenimientos entre Fiesta y Fiesta de la Primavera. Felizmente había entonces en la Universidad un grupo numeroso de muchachos de gran valer, que cambió totalmente los rumbos de la ANEC al asumir su dirección. La influencia de Bernardo Leighton era, sin duda, preponderante en los nuevos dirigentes de la ANEC, que habían demostrado un especial interés por las cuestiones sociales. Aparte de Leighton, Ignacio Palma, Manuel Garretón, Julio Santa María, Manuel Francisco Sánchez, junto a muchos otros, formaban un equipo realmen-

te extraordinario que, como grupo, ha quedado hasta la fecha, impar. Fueron ellos los que organizaron la primera Semana Social que se celebró en Santiago y durante la cual correspondió a Eduardo Frei dictar una serie de conferencias sobre los "Precursores del social-cristianismo sindical".

Al mismo conferenciante correspondió en la nueva directiva de la ANEC la Secretaría de Provincias y para cumplir su cometido tuvo que hacer tres viajes hasta Puerto Montt fundando Centros de Acción Católica en los principales puntos del recorrido. Inevitablemente, la posición del católico ante lo económico-social que esa juventud trataba de propagar, de acuerdo a las normas pontificias, encontró resistencias, algunas de ellas realmente inesperadas. La tarea era dura en muchos aspectos y fué preciso realizarla con gran pobreza de medios materiales. Los largos viajes de propaganda se hacían en tercera clase.

A la caída de la dictadura, esa generación iba llegando a los 21 años. Así, el restablecimiento de las libertades públicas y la organización de un nuevo gobierno les planteó formalmente el problema política a los estudiantes que tanto contribuyeron al derrumbe del régimen ibañista. Sin embargo, la decisión no era fácil para muchos de ellos, para los sectores precisamente más serios y capaces. Por el fenómeno muy lógico, derivado de las circunstancias anteriormente anotadas, para los jóvenes católicos la decisión de su actitud política era particularmente difícil, pues no se sentían muy inclinados a entrar en los partidos tradicionales de factura burguesa y liberal. Se encontraban con un Partido Conservador erigido en representante exclusivo de los católicos chilenos, pero con métodos electorales, política práctica y espíritu profundamente liberales, a los que no podían ellos adherir. A través de sus círculos de estudios sociales y de su vida práctica habían tomado realmente en serio las encíclicas pontificias y creían que también debían tener aplicación en Chile, y que esa aplicación era urgente. Por otra parte, no podían sentir gran aprecio por la política defensiva, casi miedosa, que seguía el Partido Conservador, ni por el empleo constante que hacía del cohecho para reemplazar por la fuerza del dinero el poder de arrastre en las masas populares de que carecía. Pero veían que era inevitable, necesario más bien, como un imperativo del tiempo, que plantearan sus inquietudes y aspiraciones en el terreno político. No era sólo cuestión de vocación: en esta etapa de la historia, del mismo modo que la política y el Estado son la expresión de una filosofía, de una concepción del hombre y del mundo, toda filosofía tiende a proyectarse políticamente. Al mismo tiempo, comprendían los jóvenes de esa generación que les era

indispensable mantener su unidad al resolver ese problema, cuya trascendencia les exigía una detenida reflexión, en tanto que las circunstancias mismas iban también madurando. Así pasaron dos o tres años, que se encuentran entre los más revueltos y turbios de la historia política de Chile. Por lo que respecta a Eduardo Frei, el 32 fué elegido para Presidente de la ANEC y, al año siguiente, por el período 33-34, para el mismo cargo en la Juventud de la Acción Católica Chilena. Estos cargos importaban no sólo una gran responsabilidad, un compromiso profundo, sino exigían vida interior, formación seria, ahondada, del espíritu y la inteligencia, a una edad en que, por desgracia, muchos disipan años preciosos, irre recuperables.

Yo he visto por ahí y he leído partes de la Memoria de prueba escrita por Eduardo Frei para optar al grado de Licenciado en Derecho. Imagino que para el Chile de 1933 debió ser, más que una novedad, una herejía o una especie de ensueño absolutamente utópico aquello de "El régimen del salariado y su posible abolición". Todas las ideas, sólo ahora de curso corriente, sobre copropiedad y cogestión de la empresa, accionariado obrero, etc., están expuestas y defendidas con entusiasmo y sentido de la realidad en la obra de un muchacho de 22 años que ya se destacaba claramente entre los de su generación. La Universidad Católica le había conferido el Gran Premio de Honor, que se otorga excepcionalmente a los alumnos de estudios brillantes y actuación universitaria ejemplar. Al año siguiente —1934— se celebraría en Roma un Congreso de Juventudes Universitarias y uno de los dos representantes de Chile, Eduardo Frei, sería designado por unanimidad para el más alto cargo, el de Secretario General. En ese Congreso se fundó la Confederación Iberoamericana de Estudiantes Universitarios. Hace ya 17 años. Pienso que en aquel entonces yo estudiaba en un internado de provincia y recuerdo el patio sombrío bajo los grandes pinos húmedos.

Frei viajaba entonces por Italia, Francia y Bélgica. Pudo conocer a Pío XI, al que era aún Cardenal Pacelli, y oír a Mussolini. Escuchó a Maritain en sus clases del Instituto Católico de París, y tuvo ocasión de tratar a Mons. Rutten y a Henry Pauwels, el dirigente de los sindicatos católicos de Bélgica, que ya eran una fuerza poderosa. Ha tenido, pues, la suerte —dígamos así— de poder hacer las dos cosas necesarias para ver a Chile, que son salir de Chile y salir de Santiago.

Al volver de Europa se encontró con que el problema de la definición política de su generación se mantenía aún. Se vino a resolver sólo en 1935, cuando se planteó formalmente el ingreso al Par-



tido Conservador. Bernardo Leighton era el que encabezaba a los más entusiastas por ese ingreso. Había otra corriente, formada por los que no compartían mucho ese entusiasmo. En todo caso, cuando se organizó el "Movimiento Nacional de la Juventud Conservadora" quedó bien en claro, como al mismo, Frei, entre otros, le correspondió varias veces recalcar, que los jóvenes entraban al viejo Partido con ideas bien precisas y una personalidad absolutamente propia, lo que hacían presente con entera sinceridad para que nadie pudiera llamarse a engaño. En el hecho y el derecho, la organización de la Juventud Conservadora se efectuó dándosele a ésta plena autonomía. En tal forma, durante más de tres años, se hizo posible su convivencia dentro del Partido Conservador. Luego vino, en 1938, la candidatura de Ross, que marcó la crisis de las relaciones entre el Movimiento de la Juventud y el Partido Conservador. Todo ese proceso lo ha relatado muy bien Alejandro Silva Bascuñán en su libro sobre "Una experiencia social cristiana". Cuando se fundó oficialmente la Juventud Conservadora Eduardo Frei estaba ya en el Norte. Se había casado en Abril del 35, con María Ruiz-Tagle, y casi en seguida fué a hacerse cargo de la dirección de "El Tarapacá", en Iquique. Durante tres años vivió allá. Entonces, desde su rincón provinciano, comenzó a ver el país más de cerca, casi a descubrir, el fuerte, indestructible "Chile desconocido".

Los escritos de Eduardo Frei, es cierto, atragantarían a un purista. Hay que hablar en postpretérito porque es seguro que los puristas no los leen, y si lo hacen no los comprenden. Se enterarán, sin duda, de lo que dice —o, según ellos, trata de decir— pero hay algo, más allá o más hondo que las incorrecciones gramaticales, el estilo desaliñado y apresurado, la sintaxis a veces coja, que será siempre arcano para el que tiene el alma acartonada o almidonada: un sentimiento vivo de la solidaridad de todos los hombres, la pasión de la justicia, una inquietud profunda, doliente en veces pero siempre esperanzada, por el destino de la Patria, de sus hijos de ahora y de mañana, de todos los que debemos continuar la obra de las generaciones que hicieron de este país pobre y estrecho la primera república de la América española.

Los defectos formales de la obra escrita de Frei son los del periodista de primera línea que hay en él, y que a los 24 años escasos asumía la dirección de un diario de gran influencia local. Y los méritos principales, la secreta virtud que hacen penetrantes las ideas de "Chile Desconocido", "Aún es tiempo" y "La Política y el Espíritu" resultan evidentemente de la fuerza de un resorte comprimido: un sentimiento gobernado.

Quizá por qué juegos de cruzamientos y atavismos (el Espíritu sopla donde quiere, pero siempre sobre o a través de algo) este hijo de chilena y suizo germanoparlante amalgama y equilibra dispares características de dos razas de una de las cuales, según parece, no tiene gota en su sangre. En un libro sobre "Ingleses, franceses y españoles", que es un goce leer, Madariaga caracteriza al francés por el predominio del pensamiento, y al español, por el de la pasión. El centro del equilibrio de Frei es, sin duda, como en la estructura psicológica del francés, el pensamiento. Pero hay cosas más hondas y vitales aún que el pensamiento con toda su nobleza. En las más vastas y secretas zonas del ser humano sólo el sentimiento y la pasión despiertan ecos y, como decía Decombe du Nouy, "la acción no procede del conocimiento sino de la convicción". Es por la falta de ese eco a veces sutil que hay libros y hombres y argumentos que, conforme al dicho popular, "lo dejan a uno callado, pero no lo convencen". Y la misión del político, del periodista, de cuantos aspiren en alguna forma a conducir hombres, no es dejarlos callados —como no sea para meditar— sino formar en ellos la convicción de donde dimana la acción fecunda, el "hacer" por algo y para algo, con un sentido.

Formar "opinión" puede ser muy fácil. Las opiniones de la masa, dice Ortega y Gasset, son como las romanzas musicales, "apetitos con palabras", y no responden a ideas verdaderas. En el fondo de la "opinión" parece que siempre hubiera un menosprecio, si no una derrota del pensamiento, de la razón y, en el mejor de los casos, una suspensión del juicio. De ahí que la "opinión pública" sea tan variable y tan poco respetada aún por los que dicen guiarse por ella. La opinión pública, como la estadística, puede servir para todo.

Pero formar convicciones es tarea difícil; es la senda estrecha, espinosa, y la única que lleva a alguna parte. En los momentos decisivos, los hombres y los pueblos recurren, no a sus opiniones, sino a sus convicciones; en el caso de los pueblos, más bien a lo que Yves Simon ha llamado con tanto acierto, *las creencias heroicas*. Todo movimiento político que aspire a orientar de verdad el destino de su pueblo, a ponerlo en estado de hacer historia, tiene que alentar una creencia heroica y ser capaz de infundirla, de hacerla germinar, aunque como el grano deba morir para resucitar en la espiga. Pienso en la dedicatoria del segundo libro de Frei, *Aún es tiempo*: "A los que sufren las injusticias y la mediocridad presente, y desafiando el sacrificio, la pobreza y aún el fracaso, están dispuestos a luchar con fe, por una Patria grande". Y en Péguy, que decía: "La Revolución será moral, o no será"...

La tarea que la Falange Nacional emprendió en Tarapacá bajo la dirección y a impulso de Eduardo Frei es una prueba del poder de penetración que adquiere una verdad, a pesar de todos los obstáculos, cuando los que la sostienen tienen confianza en el pueblo y están animados de una creencia heroica.

Era algo que nunca antes se había hecho en la Pampa. Nunca en el medio siglo corrido desde la incorporación de Tarapacá a la República. ¿Quién había osado, o siquiera pensado, hablarles de una política cristiana a los obreros del salitre? ¿Quién a decirles que la solución marxista del odio de clases y la tiranía del Estado totalitario no era solución, y que, en cambio, el social cristianismo, formulando un programa de acción política concreta, basado en la hermandad esencial de todos los hombres, la coexistencia necesaria e indisoluble de la libertad y la justicia, y el respeto a la sagrada dignidad del hombre, abría un camino nuevo y más seguro a la larga esperanza del pueblo? ¿No era peligroso acaso —decían— que los católicos llegaran a los sindicatos a defender a los obreros codo a codo con los comunistas, a pesar de los comunistas? Si los propios católicos no decían y, sobre todo, no probaban con hechos que su fe no estaba enfeudada al capitalismo, que Iglesia y Derechas eran cosas muy diferentes ¿quién iba a establecer esas distinciones en la mente y el corazón del pueblo? En los comienzos, cuando trataban de hacerse oír en las oficinas salitreras, fué imposible. Sencillamente, no los dejaban hablar, les gritaban e insultaban. Sin embargo, a fuerza de constancia, lograron fundar pequeños núcleos de obreros y empleados que, poco a poco, fueron creciendo, duros, ganándose el respeto, luego la confianza de sus compañeros. Era un trabajo lento, pero que exigía mucha actividad para mantener la fe, reavivar el entusiasmo, organizar, dirigir. Después calculaba Frei que en un mes, durante la sola campaña electoral de 1936, debió recorrer unos 8.000 km. por la Pampa. Esos primeros falangistas del Norte fueron heroicos. No sólo sufrían persecuciones de todas clases, incluso de hecho, ellos mismos, sino que tenían que soportar que sus hijos fueran maltratados por los hijos de sus adversarios comunistas.

Uno puede imaginar a los pobres chiquillos de los primeros obreros falangistas, corriendo a la salida de clases, por las calles polvorientas, bajo el sol que reverbera en las calaminas, perseguidos por una pandilla aullante, tan inocentes unos como otros de las fuerzas universales que los ponían frente a frente, quince años antes de que el mismo conflicto se proyectara sobre la superficie de todo el planeta. Imagino yo a Eduardo Frei y a Pedro Muga,

de vuelta en la noche helada de la Pampa, dentro de un Ford destartalado que salta y jadea, mientras en los oídos aún les resuenan los silbidos, el ¡Uuuu! interminable que habían tratado de vencer hasta quedar roncós. Debían de ir silenciosos, mirando las altas estrellas...

Pero las dificultades no fueron sólo por ese lado. También en Iquique se habló de echar de la ciudad al nuevo periodista y se repartieron volantes pidiendo su expulsión cuando se supo que un católico se haría cargo de la dirección del diario que había fundado don David Mac Iver. Pero entre tanto, se fundó el Partido Conservador en Tarapacá, de acuerdo con los principios que inspiraban a la Juventud. Muchos elementos modestos, pueblo auténtico, ingresaron a sus filas, y cuando la Falange se fundó, la siguieron fielmente, mejor dicho valientemente. Todos ellos, la vieja guardia, aún forman los cuadros del núcleo más fuerte de la Falange en el país.

A las elecciones de parlamentarios del 37, el Partido Conservador presentó de candidato a senador por esa circunscripción — Tarapacá y Antofagasta— a don Miguel Cruchaga, que renunció al Ministerio de Relaciones Exteriores para aceptar la candidatura. Su triunfo fué el primero en la historia de la República que obtuviera un conservador en esa zona. Don Miguel quedó muy agradecido del esfuerzo de la Juventud y hasta su muerte fué un grande y leal amigo de la Falange. Eduardo Frei fué también presentado de candidato, a diputado, y obtuvo exactamente 1.545 votos. La cifra repartidora fué 1.605... Pero el camino estaba abierto.

A mediados de 1937 vino Frei a establecerse a Santiago, y Radomiro Tomic, que había dirigido su campaña electoral, quedó al frente de "El Tarapacá". Aquí en Santiago, naturalmente, tuvo que seguir trabajando para vivir. Esa lucha por la vida no le resultó muy fácil; sin fortuna heredada o acumulada, sin empleo público —nunca los ha tenido—, debía contar con el solo ejercicio de la abogacía, en una ciudad sobrepoblada de abogados. Por intermedio de la Sección Periodistas de la Caja de EE. PP. y PP. pudo comprar entonces, en \$ 170.000, una casa para su familia, que ha crecido hasta contar ahora siete hijos, un número feliz pero que, cuando es de hijos por alimentar, obliga a trabajar mucho. De manera que Frei ha tenido que trabajar mucho.

Lo que viene ocurriendo en el país, sobre todo en los últimos treinta años, que marcan la ascensión política de la clase media, clase sin dignidad de clase, arribista, burocratizada, ha acentuado ese carácter de "malpensados" que tenemos los chilenos, quizá una

forma especial de la envidia, que es el vicio nacional español. Eso nos lleva a buscar el móvil bajo, subalterno, en todos los actos de un hombre, más aún si éste es hombre público. La verdad es que, por desgracia, la vida política chilena justifica demasiado esa inclinación, desde que los grandes partidos, uno en especial que ni hay necesidad de nombrar, se han convertido en gigantescas agencias de colocaciones en el presupuesto. Por eso no es raro oír que los actuales dirigentes de la Falange Nacional provocaron su escisión del Partido Conservador por ambición, para medrar mejor. Aún ahora, después de más de doce años de vida política íntegra, suele lanzarse la misma acusación de arribismo contra hombres que renunciaron consciente y deliberadamente a ventajas sociales, políticas y pecuniarias para seguir los dictados de su patriotismo y su conciencia. El Partido Conservador de 1938 o 39 tenía mucho que ofrecer a hombres jóvenes y capaces, de la clase media y alta, sobre todo a los de la primera, que le sirvieran. No son escasos los hombres de extracción muy modesta que ha destacado a los honores políticos y la seguridad económica. No era "negocio" para los falangistas de 1939 lanzarse a su lucha dura y sin brillo, atacados por la Izquierda y la Derecha, pues sostenían la falsedad de ese dilema que los hechos tardaron tan poco en destruir; sin dinero, sin prensa, sin poder político, de manera que todos los ataques que se le dirigían resultaban a mansalva. No fué "negocio" para Eduardo Frei la actividad política que su partido sólo podía premiar como lo hizo en 1941 eligiéndolo Presidente, y reeligiéndolo dos veces consecutivas el 43 y el 45. Fueron seis años de labor silenciosa, sin gloria ninguna, de los que sólo una gran fe, un patriotismo ardiente, una firme lealtad a las propias convicciones podían salir sin amargura, retemplados, más seguros de sí. Del comienzo de aquellos años data un libro, "La Política y el Espíritu", "claro como un diamante, lleno de lucidez viril, una de las mejores cosas que a lo largo de años se haya publicado en el género del ensayo social en la América del Sur", según lo saludaba desde Río de Janeiro Gabriela Mistral, cuyo testimonio es insoportable.

Por aquellos años, Eduardo Frei hacía clases de Derecho del Trabajo en la Universidad Católica. Sólo en dos oportunidades ó celebró con aplausos las clases de un profesor: una, al terminar Víctor Delpiano la clase de Derecho Civil con que inició el estudio de la Propiedad; y otra, cuando Frei analizó el marxismo. Dicen por ahí que es el único hombre en Chile que ha sido capaz de leerse entero "El Capital"; puede que no sea el único, pero dudo

de que haya otro capaz de exponer con tal lucidez y poder de síntesis la formidable estructura de la doctrina marxista. Recuerdo una de sus salidas, hablando de la claridad del espíritu francés, que ha hecho de Francia el vehículo casi necesario de las ideas universales: "Tanto es así, que Einstein fué a Francia para que le explicaran su teoría de la relatividad". Todos los muchachos del curso nos reímos. Muchas veces he recordado esas palabras que tan bien pueden adaptarse al que las dijo. La claridad intelectual, el rigor, la precisión del concepto son en Frei, más que un don natural, una necesidad, una pasión del espíritu. Quien lo haya oído hablar en público puede haber tenido muchas veces la curiosa impresión de estar ante un orador en el que dos hombres se combaten. Eso, sin duda, perjudica el efecto oratorio inmediato pero acrecienta enormemente la confianza del oyente en el que habla. Pues se da cuenta que éste no sacrificará la total y en veces compleja verdad de la idea al efecto emocional que se logra con una simplificación que la desvirtúa y, en cierto modo, falsea. Esta honestidad intelectual, respeto por la idea y, en última instancia, fe en su eficacia intrínseca, es la que determina la oratoria de Frei. El conductor de masas debe necesariamente simplificar las ideas o usar sólo ideas simples, darles una carga emotiva y proyectarlas sobre su auditorio al ritmo y con la intensidad necesarias para imprimirlas profundamente, destruyendo si es posible la resistencia crítica; incluso, lo más a menudo, ni usará ideas o conceptos verdaderos, pues busca influir sobre la voluntad, no sobre la inteligencia. Por momentos, en el fervor del discurso, cuando la atmósfera que une al orador y sus oyentes se caldea, parecería que Frei fuera a lanzarse por ese camino; pero no: se detendrá de súbito o aún retrocederá, para explicar su idea, analizarla, exponer los antecedentes, toda la complejidad, las proyecciones del asunto, y el efecto emocional se habrá perdido, si bien quedará en las almas, vibrando, un sentimiento de simpatía por las ideas que suscitan en el orador ese entusiasmo contenido. Los aplausos vendrán después para premiar el brillo de la exposición, su agudeza, la exacta trabazón lógica, el planteamiento que conecta los problemas políticos inmediatos con las grandes cuestiones universales para darles así su verdadera proporción. Síntesis equilibrada de mesura y audacia, de serenidad y valentía, de fría inteligencia y calor humano. El oyente quedará más que impresionado, convencido. Y era eso lo que en realidad se perseguía. Este tipo de oratoria no es el del tribuno popular sino el del conferenciante, del maestro y, más propiamente en este caso, del estadista. Por eso la elocuencia de Frei sentado en el banco del Ministro o del Senador ha logrado sus mejores efectos.

En 1945, al reorganizar su Ministerio, el Presidente Ríos pidió el concurso de la Falange Nacional, que había contribuido a su elección sin haber participado hasta entonces en el gobierno. Fué así que Frei se hizo cargo de la cartera de Vías y Obras Públicas en un gabinete que quedó integrado por radicales y políticos independientes y que sería el último del señor Ríos. La Muerte rondaba otra vez la Moneda.

El Ministro Frei, en menos de diez meses de labor, alcanzó a dejar planteada una política de gran envergadura, cuya realización cabal impidieron, por desgracia, los cambios políticos posteriores y, más que nada, la estéril politiquería que nos agobia. La sola exposición de las iniciativas puestas en movimiento por Frei basta para recalcar su importancia, demostrando, al mismo tiempo, cuántas cosas pueden realizarse en este país si los problemas se encaran con imaginación, oportunidad y sentido de lo nacional, por encima de los limitados y pequeños intereses particulares, cuyo círculo tantos políticos no logran superar.

El de Vías y Obras Públicas es, sin duda, un Ministerio clave; mas, para que su acción sea fructífera es necesario circunscribirla a finalidades básicas y no diluirla en objetivos secundarios. Dentro de las posibilidades y limitaciones determinadas por múltiples circunstancias, de orden político y financiero, especialmente, Frei supo actuar siempre de acuerdo con ese criterio. Por otra parte, con espíritu ejecutivo, realizador, resolvía "*sur place*" muchos proyectos que hubieran demorado años en los papeles. Esto fué motivo de grandes satisfacciones para los "técnicos", siempre desconfiados de los "políticos" y su tendencia a darle vueltas y vueltas a las cosas. En contrapartida quizá, todo el mundo ha oído a Frei nada más que elogios del excelente personal técnico de ese Ministerio. Comprensión no frecuente que vale la pena destacar.

Ya en 1945, como se recordará, estaba en marcha, a través de la Corporación de Fomento, el plan de industrialización del país, absolutamente necesario para la explotación racional de nuestros recursos, sin la cual es imposible un aumento de la renta nacional y, por tanto, un mejoramiento efectivo de las condiciones de vida del pueblo. Ahora bien, es imposible realizar cabalmente ese plan y aprovechar sus beneficios en un país desarticulado, sin vías de comunicación y transporte adecuadas. Para eso había que poner en marcha de inmediato un plan caminero amplio, de conjunto, aprovechando las circunstancias favorables que entonces se presentaban. En efecto, como consecuencia de las restricciones de la guerra, la bencina, cuyo precio oficial era de cuatro pesos el litro, se vendía en el mercado negro a ocho pesos. Resultaba razonable cal-

cular que cuando se volviera a la venta libre se podría estabilizar su precio en cinco pesos, sin causar ningún trastorno. De esos cinco pesos, conforme el proyecto de Ley que se envió al Congreso, se destinaría un peso al fondo especial con que se financiaría un Plan Caminero. El mismo proyecto establecía la forma de distribución de dicho fondo, de acuerdo con la superficie, población y producción de cada Provincia, y el costo de la obra. Era evidente que si no se aprovechaba esa oportunidad, creándose el fondo mencionado, el inevitable recargo de precio de la bencina sería destinado por el Estado a una finalidad improductiva, como son los aumentos de sueldos de la administración pública, según efectivamente sucedió más tarde, ya que el proyecto no se convirtió en ley. Ahora, después de 6 años perdidos inexcusablemente, el Congreso ha aprobado un nuevo proyecto de ley inspirado en la misma sencilla y justa idea y que es, como lo ha declarado honradamente su impulsador, el diputado señor Carlos Acharán, una copia del elaborado durante el ministerio de Frei. Pero durante estos seis años habrían podido construirse centenares de kilómetros de caminos que los productores de todo el país piden desesperadamente. Al menos, durante la gestión del Ministro Frei, de acuerdo con esas ideas, y sin desfinanciar obras de otras zonas, se inició la construcción del camino de Santiago a La Serena, que se ha convertido, naturalmente, en uno de los elementos fundamentales de la prosperidad del Norte Chico y de su mejor integración en la vida económica del cuerpo del país.

Otro ejemplo de cómo, con medios relativamente pequeños, nada de espectaculares, sin golpes de autoridad ni mucho menos, pueden obtenerse grandes y útiles resultados, es la obra que el ministro Frei alcanzó a dejar en marcha en la avenida Bulnes. En 1945, casi diez años después que el señor Ross había terminado a todo costo la fachada del Barrio Cívico de Santiago, la avenida Bulnes y sus calles paralelas, Gálvez y Nataniel Cox seguían siendo, más que lunar, una verdadera lacra en pleno rostro de la capital de la República.

Muchas personas pueden recordar el titular de un periódico que decía a todo lo ancho de la página: RATONES SE COMIERON A UNA GUAGUA A DOS CUADRAS DE LA MONEDA. Y debajo, la fotografía de la criatura a medio devorar.

En realidad, los terrenos con frente a la avenida Bulnes y calles adyacentes se prestaban a la más desenfrenada especulación, pues aprovechaban sus dueños el alza de su valor gracias a la urbanización realizada con el dinero de toda la comunidad. Nadie construía a la espera de vender beneficiándose con ese plusvalor. El Ministro Frei llegó a un acuerdo con los propietarios para que



cada uno de éstos cediera gratuitamente una franja de cinco metros del frente de sus sitios, para ensanchar la avenida, lo que les beneficiaba, y a cambio de lo cual, quedaban además liberados de contribuciones fiscales los edificios que construyeran dentro de cierto plazo. Pasado éste se iría aplicando una contribución progresivamente creciente sobre los sitios eriazos. Por otra parte, se establecían cuatro fajas de terrenos paralelas a la avenida Bulnes para los efectos de determinar la plus valía alcanzada por esos terrenos, gracias a la avenida, siendo, como es natural, la plus valía inversamente proporcional a la distancia con respecto a la avenida. La plus valía quedaba afectada a una contribución especial.

Este proyecto, —que se convirtió en ley, gracias a la cual fue posible construir a costo mínimo una arteria urbana de primer orden, como ahora puede apreciarse,— permite lograr dos objetivos utilísimos: 1º La apertura de grandes y amplias avenidas, que descongestionan el tránsito y airean la ciudad, sin costos de expropiación; y 2º La justa participación de la comunidad en el beneficio o plus valor obtenida por los dueños de los predios adyacentes a dichas avenidas, sin ningún trabajo de su parte y por el solo hecho de la apertura de éstas. Al mismo tiempo, gravándose con mayores contribuciones los sitios eriazos se acelera la edificación.

Este plan no se limitaba a la avenida Bulnes, donde su éxito está a la vista, sino que se pensó aplicarlo, en una primera etapa, al vasto sector céntrico comprendido entre la Alameda O'Higgins y la Avenida Matta, que tiene una pésima urbanización y una edificación antigua y absolutamente inadecuada. Con el sistema indicado se podrían ampliar sus calles estrechas y abrir las diagonales necesarias para organizar racionalmente el tránsito, todo ello sin gastos de expropiación. Al mismo tiempo, se orientarían hacia ese sector las inversiones de las Cajas de Previsión para edificar en gran escala, aprovechando las ventajas que ofrecen su situación céntrica, el valor relativamente bajo del terreno y el hecho de que cuenta con todos los servicios e instalaciones necesarios. De tal manera se podría triplicar o cuadruplicar fácilmente la densidad de ese sector, mejorando enormemente sus condiciones de habitabilidad y limitándose el actual crecimiento anárquico y elefantiásico de Santiago, que ha exigido una ampliación desmesurada, costosa y ya prácticamente imposible de los servicios de luz, agua, gas, pavimentación, alcantarillado, movilización, aseo, etc., etc. Todas esas ampliaciones han significado y siguen costando miles de millones de pesos, un derroche absolutamente inútil y que ha convertido a Santiago en una ciudad sujeta a problemas urbanos gra-

vísimos. Sin embargo de todo eso, la obra comenzada no se siguió después adelante.

Pero lo que evidentemente es la obra más trascendental de la gestión ministerial de Frei es el proyecto de creación de un Fondo de Regadío para ejecutar un Plan de Regadío. En realidad, para muchos chilenos es inexplicable que esa iniciativa no haya prosperado hasta convertirse en Ley de la República y no esté rindiendo sus frutos desde hace años.

Es igualmente inexplicable que ella sea aún tan poco conocida. Uno piensa que los mismos intereses y desidias que la han hecho dormir el sueño parlamentario, tan pesado a veces como el funerario, se han confabulado para silenciarla ante el público. El Ministro Frei concurrió personalmente a la Cámara de Diputados para explicar, discutir, impulsar el proyecto, y, sin embargo, ahí quedó, encarpetado. El candidato señor González Videla, desde hace casi cinco años Presidente de la República, prometió reiteradamente durante su campaña electoral llevar adelante esa iniciativa, esencial para la prosperidad del Norte especialmente, de donde es oriundo S. E. y donde el regadío se necesita con el ansia de la sed. Sin embargo, el proyecto está ahí, durmiendo bajo montañas de papel estéril.

El propio Frei ha hecho notar cuanto ha podido la necesidad de dictar esa ley de Fondo de Regadío —no porque sea “su” proyecto pues nunca ha pretendido adueñarse de él— sino por la trascendencia que una ley semejante tendría en la vida de la nación.

Recuerdo una conferencia ante un público muy dispar: empleados, estudiantes, obreros, de todas edades, que se apretujaban sobre sillas empajadas que crujían, o se quedaban de pie en el fondo de la sala. Una fila más adelante, a mi izquierda, podía ver de perfil a un obrero cincuentón, tostado y flaco —un campesino desarraigado, estoy seguro— cuya nuez le subía y le bajaba por la garganta, parecía a veces querer escapársele movida por algo que debía de ser asombro o indignación. Y la exposición de Frei era completamente objetiva:

Sólo últimamente —decía— se ha venido a insistir en la necesidad de mantener la debida correlación entre el desarrollo de la industria y la agricultura del país. Chile debe ser primordialmente un país industrial, determinado a ello por sus condiciones naturales, pero necesita del incremento de su agricultura no sólo por razones económicas sino por razones morales, psicológicas, especialmente válidas para una gran parte del país: la zona norte. En efecto, como he tenido ocasión de insistir varias veces en el Senado, las provincias del Norte se encuentran en una situación anormal que,

en cierto modo, las margina de la vida general de la nación, aunque la prosperidad de ésta depende substancialmente de esas provincias. Quizá sea necesario haber vivido en el Norte para comprender el drama de esa región que da a Chile su riqueza y recibe tan poco en cambio.

—El Norte Grande no tiene una vida estable, arraigada. Los núcleos humanos son campamentos mineros en medio de la aridez de la Pampa, y las ciudades de la costa son también, en el fondo, campamentos, puertos de paso. Toda la zona vive del cobre y el salitre, el país entero vive del cobre y el salitre, que nos proporcionan el 80% de las divisas. Se interrumpe esa exportación y el Norte se derrumba, se derrumba el país entero. P. T. Ellsworth, un economista norteamericano, anotaba el hecho de que por cada obrero del cobre o el salitre que queda cesante, otros 4 obreros en el resto del país quedan sin trabajo. Eso es sencillamente pavoroso; más si se considera que no tenemos ningún control sobre el mercado internacional que fija el precio de esos productos, de los que depende la vida económica entera de la nación. Frente a hechos semejantes uno piensa inevitablemente que el 18 de Septiembre de 1810 va perdiendo su importancia y que se hace imperativo reeditararlo.

—Pero, al menos, podemos hacer algo para atenuar esos efectos. La industrialización del país es un medio de darnos independencia económica y ese desarrollo de la industria debe ir acompañado de uno semejante de la agricultura. El Norte necesita, por ejemplo, de la industria química, pero, tanto o más, necesita de la agricultura. Este es el contrapeso indispensable de su monoproducción minera. Sólo la tierra arraiga al hombre, como que, en ciertos niveles de cultura, lo hace más humano, le da un sentimiento más concreto de la idea de Patria, lo ata a la familia, que con tan terrible facilidad se disuelve en los campamentos mineros. La agricultura en el Norte, grande y chico, sería el amortiguador, el absorbente de la cesantía que podría volver a producir cualquiera nueva crisis del cobre o el salitre. Y la agricultura en el Norte no es posible sin regadío en gran escala, como sólo el Estado puede realizarla.

—Por otra parte, dadas las condiciones de Chile, el desarrollo de la agricultura en todo el país es imposible sin una extensión del terreno regado. En esta materia se ha producido una situación grave, cuya importancia no se aprecia bastante, a lo que parece. Y es que existe una desproporción muy grande entre el crecimiento de la población y el aumento de la superficie regada.

Allá de pie junto a su mesa de conferenciante, Frei buscaba entre unos papeles. Tomó unos pliegos impresos:

—Aquí, en el Mensaje del proyecto de Fondo de Regadío y en un estudio que hizo Francisco Antonio Pinto están los datos exactos: En 1900, Chile con menos de tres millones de habitantes, disponía de un millón de hectáreas regadas; hoy, con seis millones de habitantes, se riegan alrededor de 1.300.000 hectáreas. La población ha aumentado en un 100% y la superficie regada en un 30%. Sin embargo, si hay inversiones fiscales reproductivas son las de regadío. Se ha calculado, por ejemplo, que los canales del Maule y el Laja, que costaron en total 36 millones de pesos han determinado un aumento de 25 millones anuales en la producción agrícola de las zonas que sirven, a la vez que el regadío hace subir cuatro, cinco y hasta diez veces el valor de las tierras antes de secano.

Sin embargo, en la Ley de Riego de 1928, actualmente en vigencia, hay defectos importantes que han impedido que rinda frutos proporcionados a los capitales por ella invertidos. La ley carece de financiamiento propio y el pago de las deudas de riego se hace tardíamente. Desde 1928 el Estado ha construido 36 obras de riego por valor de \$ 434.000.000 y cuyo valor reembolsable para el Fisco es sólo de \$ 194.000.000. Sin embargo, las 283.000 Há. regadas con esas obras han aumentado de valor en más de \$ 500.000.000 (sin considerar la inflación). De tal manera, un grupo privilegiado de propietarios obtienen un beneficio gratuito a costa del dinero y el esfuerzo de toda la comunidad. Como este dinero incluso no se recupera sino en parte pequeña y tardíamente, el Estado no puede ir moviendo los mismos fondos para nuevas obras de regadío. Toda esa situación puede remediarse mediante la aplicación de unas cuantas ideas sencillas aplicadas con un criterio de justicia social, que resguarde el bien común y no el interés de unos pocos.

—Hay además otro aspecto del problema que hace urgente su solución. Año a año se nota más que el país, digamos así, “se va corriendo hacia el Sur”. Santiago, la capital, está quedando en el extremo norte de la República, en el sentido de lo económicamente estable. Hacia el sur, la vida chilena no está sujeta a las variaciones del Norte. El plan de electrificación, la creación de la industria del acero y la progresiva inmigración que se producirá hacia la zona más meridional, van desarrollando al país en ese sentido. Se ha dicho, parodiando a Teodoro Roosevelt, que afirmaba a la juventud norteamericana: “Su porvenir está en el Lejano Oeste”, que en Chile debería enseñarse a nuestros jóvenes: “Su porvenir está en el Extremo Sur”. Pero, si no se toman medidas oportunas, nuestro largo país se desequilibrará. Ya en cierto modo está desequilibrado, como puede advertirse en los Ferrocarriles del Estado, que

deben recargar las tarifas del sector central y sur para cubrir las pérdidas de la zona norte.

Se puede realizar un Plan de Regadío a través de 25 años, para regar 600.000 Há., es decir, una superficie tan extensa como la mitad de la que actualmente se cultiva en Chile. Este simple enunciado señala que se trata de una tarea de importancia histórica, pues significa lisa y llanamente cambiar el rostro físico del país en menos de una generación. Y tal tarea ni exige sacrificios colectivos, o una movilización general de las energías nacionales, ni mucho menos. Puede hacerse, incluso, sin ningún gravamen o impuesto nuevo. Se crea, por el proyecto de Ley que duerme en la Cámara de Diputados, un Fondo de Regadío, con una cuota anual de 120 millones de pesos que se consultaría en la Ley de Presupuestos; con el producto del servicio de las deudas de riego provenientes de las obras que haya construído o construya el Estado, y, principalmente, con el producto de la venta de los terrenos que los propietarios entregarán al Fisco en pago de la fracción de su propiedad que les quedará regada y lista para el cultivo. En efecto, los terrenos incultos, los cultivados de rulo y los que no se aprovechan debidamente, que queden comprendidos dentro de las zonas por regarse con las obras que deban ejecutarse de acuerdo con el Plan General de Regadío, podrán ser adquiridos directamente por el Fisco o expropiadas conforme a las normas generales que rigen esta materia. El propietario expropiado puede optar entre recibir el precio en dinero o en terrenos regados, que se le entregan listos para el cultivo y sin deuda de riego. Así también el Estado se hace dueño de terrenos que, una vez regados, podrá vender en pública subasta para incrementar con su producto el "Fondo de Regadío" y construir nuevas obras. Ese Fondo queda destinado única y exclusivamente a la realización del Plan General de Regadío, que abarcará todo el país y será estudiado por el Departamento de Riego de la Dirección General de Obras Públicas, organismo de gran capacidad técnica y experiencia en la materia.

—El propietario expropiado, que haya optado por recibir el precio de la expropiación en terrenos regados, podrá además adquirir otra parte de estos terrenos, en las mismas condiciones que los que compren en pública subasta, es decir pagando el precio comercial de ellos al contado, o a 5 o a 36 años plazo. Por otra parte, no saldrá a subasta el total de los terrenos regados sino que se transferirá una parte de ellos a la Caja de Colonización Agrícola para que los parcele y venda de acuerdo con la ley respectiva.

—Como se ve, el proyecto ofrece múltiples ventajas. No desconoce sino que limita el derecho de propiedad de los dueños de

terrenos de secano que entran a regarse; de manera que no sean ellos los que se aprovechen de la plus valía sino la comunidad, a través del Estado, que así recupera los fondos invertidos y puede continuar el Plan, que se va auto-financiando progresivamente. Por otra parte, se propende a una paulatina y racional subdivisión de la tierra. En todo caso, se termina con el sistema absolutamente antisocial que permite el enriquecimiento sin causa de los propietarios de terrenos regados gracias al Estado e impide la continuación de la acción de éste a través de nuevas obras. Por último, *but not least*, sólo un plan así, de gran envergadura, permitiría solucionar nuestro problema alimenticio, que junto con el de la habitación, está destruyendo la raza.

—Quizá me haya extendido demasiado sobre esta materia, pero el hecho es que ella tiene una enorme importancia, pues, como decía, permitiría cambiar el rostro del país en menos de una generación, con un costo insignificante. Y uno tiene que preguntarse: ¿Qué impide que iniciativas semejantes se lleven a la realidad con un beneficio incalculable para todo el país? ¿Qué hombre leal y sensato no acepta ahora que la propiedad debe sujetarse a limitaciones en beneficio del bien común, tal como lo establece la Constitución de la República y lo proclaman en sus programas todos los partidos políticos? ¿Por qué, para la solución de tantos y tan graves problemas nacionales, como el ya pavoroso de la habitación, o el de la inmigración, y éste del regadío, en los que no hay ni puede haber cuestiones doctrinarias o filosóficas importantes comprometidas, no se produce el acuerdo necesario? ¿Hasta tal punto habremos perdido el sentido de la comunidad nacional? ¿A tal extremo ha llegado el predominio de las pequeñas y miopes querellas partidistas o de intereses de grupos? Es muy peligroso que un país juegue con su destino, deseche sus posibilidades de engrandecimiento; se termina por perder el sentido de la grandeza. Por otra parte, situándonos en el plano político inmediato, ¿no se comprende que la democracia tiene su peor enemigo dentro de sí misma, en la incapacidad de realizaciones materiales, en la pérdida de la fe en su eficacia? ¿No señala acaso una amarga serie de experiencias en todo el mundo y entre nosotros mismos que hay un momento en que los hombres enajenan su libertad a quien les asegure el pan y les dé una sensación colectiva de poderío externo mediante grandes realizaciones materiales? Mas se olvida también el ejemplo de países que, sin menoscabo de la dignidad de sus hombres, gracias al buen sentido, al patriotismo, al espíritu de cooperación, a la disciplina libremente aceptada, logran una eficacia superior a la de las dictaduras, realizaciones más duraderas y valiosas porque tie-

nen una profunda significación espiritual. ¿O es imposible en este país un gobierno con voluntad realizadora de grandes objetivos nacionales, que sepa inspirar confianza y pueda exigir sacrificios, despertar, orientar, aprovechar todas las magníficas potencialidades de nuestro pueblo y los recursos de nuestro territorio? Lo que se ha hecho en el pasado glorioso de la República ¿será imposible precisamente ahora, en los momentos en que Chile, nuestra América entera, se encuentran en la circunstancia más decisiva desde 1810? ¿O hay una fatalidad histórica que nuestra América es incapaz de superar? Pero no hay fatalidades históricas. Si así fuera aún seríamos el último y arrinconado país del continente. Chile es un largo esfuerzo de la voluntad en la libertad”.

Cuando Frei se plantea estas preguntas parece enfrentarse, indignado, con un enemigo invisible, inasible, poderosa: la mediocridad, esa fuerza capaz de desarraigar el Himalaya, que decía León Bloy. Sube el tono de la voz, agita los brazos, parece, por fin, perder la serenidad, el característico equilibrio. ¿Quién, sin embargo, llamaría equilibrado a un hombre que no se indignara al no hallar respuesta satisfactoria a tales preguntas?

Luego, cuando cesan las preguntas, la voz se afianza en las respuestas, una respuesta negativa en un comienzo: *No hay fatalidades...*; luego, una afirmación: *Chile es...* Y una frase repetida: *Nuestra América*.

Revisando los libros de Frei, sus artículos, especialmente los aparecidos en “Política y Espíritu”, sus discursos y actuaciones, se advierte cómo ha llegado a formular lo que podría llamarse una perspectiva americana de la política chilena. Esta perspectiva nace de una serie de comprobaciones sucesivas, determinadas por la evolución de los acontecimientos en los últimos años, sobre todo en el orden económico, y por la misma maduración de una mente realista, muy sensible a las sugerencias de los hechos.

El notable discurso pronunciado por Frei en el período de sesiones que a comienzos del presente año celebró en Santiago el Consejo Económico y Social de la NU, y al cual asistió como Delegado de Chile, es una síntesis muy lograda de esa perspectiva, planteada en el terreno de la política económica.

—Hay un hecho fundamental, —dijo entonces— y es que cualesquiera que sean la habilidad y perfección con que un gobierno actúe en los factores internos de un país, está de antemano derrotado en su tarea si no se reforma la actual estructura de la economía internacional. Del mismo modo que sucede en la economía de cada país, es ilusorio creer que, en el plano internacional,

puede elevarse el nivel de vida de los países poco desarrollados sin modificar una estructura económica que permite a una minoría de Estados gozar de la mayor parte de la renta mundial. Esto rige en especial para los países latinoamericanos, dentro de cuya economía el comercio exterior tiene una importancia desmesurada y que viven de la exportación de uno o dos productos que les proporcionan el 80% del valor total de las importaciones. De tal manera dichos países, y particularmente Chile, son muy sensibles a las variaciones del mercado mundial, regido por las grandes potencias económicas y en especial por los EE. UU. que, aparte de su influencia general, absorbe casi el 50% del comercio de este hemisferio.

—La crisis de 1931 golpeó duramente a los países latinoamericanos. Cuando comenzaban a reponerse de sus efectos, verdaderamente trágicos, vino la segunda guerra mundial a trastornar nuevamente su proceso económico. Mientras duró el conflicto, estos países no pudieron adquirir productos y bienes esenciales para su desenvolvimiento; sufrieron los primeros efectos del proceso inflacionista, y se les fijaron precios que resultaron sin relación con los nuevos valores del mercado, imponiéndoseles así una contribución desproporcionada y sin esperanzas de recuperación en la post-guerra.

—En efecto, al restablecerse la paz, las reservas de dólares constituídas con tanto sacrificio durante la guerra por los países latinoamericanos, se evaporaron, debido en gran parte al alza considerable de los artículos que estos países tenían interés en adquirir, poniéndose en evidencia el desequilibrio estructural y permanente que existe entre los países más desarrollados, especialmente los EE. UU., y los de escaso desarrollo, como son los de Latinoamérica. Este desequilibrio se funda principalmente en el hecho de que los precios de los productos primarios aumentan a ritmo menor que los precios de los productos manufacturados, lo cual trae consigo una pérdida neta de la renta real de la áreas atrasadas, que pasa a constituir una verdadera bonificación a favor del standard de vida de las naciones más desarrolladas. De tal manera, la dependencia económica latinoamericana es cada día mayor y sus planes de desarrollo absolutamente insuficientes, pues lo que Latinoamérica recibe por concepto de empréstitos o aportes de capitales es mucho menos que lo que tiene que pagar por servicio de préstamos anteriores, sin que, por la razón ya indicada pueda aumentar debidamente el monto de sus exportaciones; éstas, entre 1924 y 1949 han disminuído proporcionalmente en un 19,4%. Todo esto significa que el standard de vida latinoamericano está bajando por el juego de fuerzas que escapan a la acción interna del gobierno de



cada país. Esta situación gravísima, que plantea el problema fundamental que deben resolver nuestras naciones, debe abordarse en el plano internacional, pues dicha situación deriva, como decía de un desequilibrio estructural y permanente del comercio mundial. Las soluciones son, en el fondo, muy sencillas, y significan el establecimiento de principios de evidente justicia en el trato económico-internacional, lo que, a su vez, importa el sacrificio de intereses adquiridos, de posiciones ya logradas por las grandes potencias”.

—Esto —expone Frei en otra parte— traslada el problema económico al terreno político. ¿Harán esos sacrificios las grandes potencias rectoras de la economía mundial? La tensión de las fuerzas que hoy se disputan el dominio del globo no sólo hacen propicio el momento para plantear las justas reivindicaciones de las naciones poco desarrolladas y, en especial, de las americanas, sino que hacen imperativo el satisfacerlas, si se quiere atacar en su raíz la extensión mundial del comunismo. Nosotros, los pueblos cristianos y democráticos de Latinoamérica, no negamos nuestra participación en los sacrificios para preservar los principios cristianos de la cultura occidental, pero exigimos, no tanto compensaciones, como remedio a los males que minan esa cultura y que impiden en nuestros países, sometidos a la miseria y la dependencia económica, una lucha eficaz contra el comunismo. Por eso, para crear las condiciones materiales necesarias para llevar adelante esa lucha y asegurar para nuestros pueblos la realización de sus posibilidades históricas, es urgente el planteamiento de una política internacional conjunta. Esto supone para Latinoamérica, simplemente, una diplomacia honesta, leal, de todos sus países entre sí y todo lo demás vendrá por añadidura. Desgraciadamente, hasta ahora, esa diplomacia no ha sido la usual. Sin embargo, la Conferencia de Cancilleres de Washington acaba de probar, hace poco, las posibilidades que abre a nuestros países esa acción conjunta, aunque se la realice ocasionalmente. Quizá, para llevarla a cabo en forma sostenida, sea necesario el establecimiento de gobiernos sanos, realmente fuertes, con profundo arraigo en el pueblo de cada Estado latinoamericano, que realicen o traten de realizar en el interior el mismo ideal de libertad y justicia que reclaman en lo internacional.

—Eso será difícil, pero es posible. Vivimos en este momento histórico bajo el imperio de ideas universales, que desbordan las fronteras de los países. Todo verdadero movimiento de renovación profunda, toda revolución diría, es hoy, por necesidad, internacional, tiene un significado más hondo que el meramente

local; ése es un signo característico. No ha sido en forma deliberada o provocada que los que en Chile luchamos por el social-cristianismo, y especialmente la Falange Nacional, hayamos establecido contactos con otros movimientos semejantes de América y Europa. Es el resultado natural de la dialéctica interna de nuestro movimiento, y hay que impulsar su desarrollo, organizarlo, robustecerlo, formular planteamientos conjuntos, planes de acción común, conocerse, estrecharse las manos, real, no figuradamente. A esa necesidad, a ese objeto, han respondido los Congresos o reuniones que hemos tenido por dos veces en Montevideo, en 1947 y en 1949 y que pronto celebraremos en Santiago. Por otra parte y debido a las mismas razones, junto con el senador socialista Salvador Allende, representé a Chile en el Congreso de Partidos Democráticos que hubo en La Habana en 1950.

—La unidad latinoamericana, hoy más necesaria que nunca, no debe ni puede ser tarea reservada a las Cancillerías. Sería un gran error encomendársela nada más que a ellas. Esa unidad sólo puede ser obra de todos los americanos; escritores, artistas, partidos políticos, hombres de negocio, sindicatos obreros, deportistas, profesionales, etc. Y digo *todos los americanos* no sólo por los de América Latina sino porque no creo que a estas alturas de la historia los EE. UU. asuman la triste posición de los imperialismos de otros tiempos, que buscaban dividir para mantener mejor su poder. La unidad latinoamericana no tendría por qué hacerse contra los EE. UU., ni podría realizarse basada en un mero movimiento anti-yanqui, como buscan algunos. Al contrario, corresponde al gobierno de Washington alentar la organización latinoamericana, facilitarle ayuda, medios técnicos, no para llevar a cabo una obra altruísta, sino para servir mejor sus verdaderos intereses, que no son siempre los intereses a corto plazo. Hay demasiadas y muy graves cosas en juego en la segunda mitad de este siglo como para hacer diplomacia de campanario, y a los Estados Unidos les va mucho en el juego, tanto o más que a nosotros. En el caso de nuestro países esa política sería suicida, y un día la historia, que es la conciencia de los pueblos, juzgará con la máxima dureza a los hombres y gobiernos que recurren a la exacerbación del espíritu nacionalista, el recelo y la agresividad interlatinoamericanos como medio de escalar el poder o mantenerse en él. Precisamente, es un espíritu muy distinto el que anima a los movimientos políticos realmente honestos. El Apra, en Perú, por ejemplo, predicó siempre la necesidad de la más sincera amistad con Chile. Yo he visto a 20.000 peruanos celebrando con una concentración pública el 18 de Septiembre en Lima”.

Hay cosas que, naturalmente, el propio Frei no puede decir. Estaría mal que él mismo recordara que Tristán de Athayde, que se encuentra por encima de los elogios a los demás, dijo que Chile había brillado en la Primera Reunión de Partidos Demócrata-Cristianos de Montevideo "por la presencia inolvidable y la eficiente actuación de Eduardo Frei Montalva". Tampoco estaría bien que él mismo recordara que un periodista norteamericano, Hubert Herrings, que después de un viaje por "Latin América" escribió el consabido libro, afirmó en él que una de las seis cosas interesantes que un hombre inteligente tenía que hacer en Chile era "conversar con Eduardo Frei". Cuando éste viajó a Lima, donde dictó una serie de conferencias en la Universidad de San Marcos, supo ganarse, o confirmar más bien, pues ya había hecho antes un viaje a Perú, la simpatía de social-cristianos y apristas, ambos entonces con responsabilidades de gobierno. Tiene que ser muy grato para todo chileno leer lo que, por ejemplo, dijo Manuel Seoane, entonces Vice-Presidente del Senado peruano, sobre "un hombre limpio de alma y de intención, humilde por talentoso, y apasionado, pero de verdad, en el trabajo social", afirmando, además, que con hombres así y con movimientos políticos sinceramente preocupados de la redención del pueblo era posible establecer el sólido entendimiento de todos los de América.

Sin buscarlo, por cierto, en sus esfuerzos por hacer la parte que le corresponde en esa labor común de todos los —hispanoamericanos prefiero decir yo— por la organización unitaria de nuestro continente, Eduardo Frei se ha ganado un prestigio indiscutido y cimentado en un terreno muy distinto del protocolar. Esto pudo advertirse muy bien durante la Segunda Reunión de los Movimientos Demócrata-Cristianos en Montevideo, 1949. En el intervalo entre las dos Reuniones, el ex-ministro de Falange Nacional había pasado a ser el primer Senador de uno de los más importantes partidos social-cristianos de América y —me parece— el segundo político que con tal filiación (el otro era Dardo Regules, de la Unión Cívica de Uruguay) alcanzaba semejante triunfo en el continente.

Para la Falange Nacional el triunfo de la candidatura senatorial de Frei en las provincias de Atacama y Coquimbo significó no sólo una alegría sinceramente compartida por todos los miembros del partido sino una compensación casi necesaria del desencanto que, en el primer momento, produjo el resultado de las elecciones parlamentarias de 1949. Los falangistas esperaban, con toda razón, como las cifras lo demostraron, que su Partido podría quizá duplicar su representación en el Congreso. En efecto, con sólo 200

o 300 votos más en total, podrían haber llegado a la Cámara 6 o 7 diputados falangistas. Sólo 3 resultaron elegidos, en reemplazo de los 4 que había en el período anterior. Tres diputados y un senador; la elección de éste significaba, como los periodistas políticos lo hicieron notar, la mayoría de edad del nuevo Partido. El Senado, sin embargo, parecía a muchos una asamblea más o menos opaca, falta de resonancia, reunión de “viejos, en fin, como lo dice su nombre.

En verdad no hubo muchos que creyeran en el triunfo de la candidatura de Frei; muchos dudamos. Y con razón: en las provincias de Atacama y Coquimbo, la Falange no tenía sino algunos Centros organizados; en la de Atacama sólo el de Copiapó. En las elecciones anteriores, sus fuerzas le habían alcanzado para elegir nada más que tres regidores en total. Realmente, las perspectivas no parecían muy halagadoras. El éxito se debió a varias causas, entre otras a la activa campaña eleccionaria que se desarrolló y en la que cupo una participación decisiva desde luego al propio Frei, y a los dos candidatos a diputados con que se integraba la lista en que él figuraba: Alejandro Noemí, por Atacama y Fernando Illanes, por Coquimbo, ambos, hombres de la región y merecidamente queridos y respetados. Por su parte, el candidato a senador vivió tres meses recorriendo Coquimbo y Atacama hasta los últimos rincones, aún aquéllos —y eran muchos— en donde sabía que no encontraría ni un hombre de su partido.

¿Y?...

“Fué dura la verdad como un arado” —dice por ahí Neruda, el poeta— “Rompió la tierra, estableció el deseo — hundió sus propagandas germinales”... Desde 1949 han ingresado a la Falange Nacional más de 500 nuevos militantes, en esa región; hay ahora 14 regidores, en vez de los 3 que había anteriormente, y la organización crece, se van fundando nuevos Centros; ahora la Falange es allí una fuerza política que cuenta, que cada día va contando más.

A propósito de Neruda, se dijo en ciertos círculos que los votos comunistas, ya por entonces fuera de la ley, habían sido los determinantes del triunfo de la candidatura de Frei. La pregunta se le planteó a éste cuando regresó a Santiago poco después de la elección. La respuesta del senador electo fué enfática y no desmentida: —“Los comunistas —dijo entonces— me sugirieron que solicitara sus votos, dándome a entender, naturalmente, que no me serían rehusados. Yo, por supuesto, me negué a hacer semejante petición. Los que dicen que mi elección se debió a los comunistas y

que la Falange mantiene una actitud pro-comunista para aprovechar los votos de este partido, saben muy bien que, en Punitaqui, por ejemplo, cuyos obreros estaban totalmente controlados por el Partido Comunista, yo obtuve exactamente 11 votos; que en Pueblo Huido, donde la mayoría comunista también era abrumadora, alcancé 6 votos; y que los candidatos liberales y radicales, en cambio, adquirieron en esos dos puntos centenares de sufragios. Nosotros también sabemos todo eso; conocemos a los comunistas mejor, quizá, más profundamente, que los demás partidos y no nos hacemos ilusiones. Sabemos que somos, en realidad, sus peores enemigos, los únicos que no les hacemos el juego, porque les disputamos el terreno, "su" terreno: el corazón humillado, la esperanza de justicia del pueblo, palmo a palmo. Y ellos también lo saben. La mañana misma del Domingo de la elección, el aún diputado comunista Cipriano Pontigo me aseguró terminantemente que cualquier candidato podría resultar elegido menos yo...".

Felizmente Pontigo y el Partido Comunista se equivocaron. Pueden consolarse con que no fueron los únicos. En el actual Senado, uno de los más jóvenes de los últimos tiempos, Eduardo Frei, el más joven de sus miembros (hasta la elección sensacional de Radomiro Tomic) pudo desarrollar una labor que, sin menoscabo de la de los diputados de su Partido, fué la que convirtió a éste en el nervio y el verbo de la oposición al régimen de la "concentración nacional", cuando era imperativo luchar por el mantenimiento de ciertos principios de dignidad política y dar testimonio de una verdad que se trataba de torcer y desfigurar. Al término de 1949, unánimemente, los redactores políticos de la prensa chilena calificaron a Frei "el mejor senador del año". Tal reconocimiento se lo ganó haciendo una oposición sin estridencias, con un sentido de la dignidad, de la mesura, del papel verdaderamente nacional y constructivo que corresponde a la oposición democrática, que contribuyó, sin exageración, a elevar el tono de los debates en una asamblea que se distingue entre las de América y en la que actualmente figuran hombres de indiscutible valer.

La actuación o, si se quiere, la táctica del senador Frei ha estado dirigida por un principio invariable, que ha sido, sin duda, la base de su éxito y del respeto que le guardan sus honorables colegas: el plantear las cuestiones en el plano de los grandes y permanentes intereses nacionales, sin descender jamás a los asuntos mezquinos o subalternos. Aún en denuncias como las de irregularidades en la Línea Aérea Nacional, de atentado al interés nacional por el contrato de la CORFO con la firma Snare, o de consti-

tución de propiedad particular sobre 240.000 Há., en gran parte de propiedad fiscal y de gente modesta, en la provincia de Atacama, contra el gobierno que permitía semejantes cosas, supo Frei mantener esa línea de serenidad y digna firmeza, recalcando siempre la significación profunda y realmente importante que tales cuestiones tenían. Lo que es tanto más admirable si se considera que a veces debía esclarecer verdades falseadas con deliberada mala fe o incoercible apasionamiento; o que, como en el caso del asunto Snare, tuvo que "batirse" solo contra el resto del Senado, o que en el del "affaire" de la Línea Aérea Nacional, cualquiera hubiese perdido por lo menos la paciencia con la roma obstinación de cierto senador empecinado en desviar la cuestión de sus aspectos importantes hacia los más personales y pequeños.

Actitudes semejantes ganan inevitablemente el respeto de los adversarios honestos. Después que reiteradas intervenciones de Frei —senador de oposición— lograron convertir a un proyecto del Ejecutivo en una ley eficaz demostrando así el espíritu sinceramente constructivo de su oposición, el honorable don José Maza —actualmente el más antiguo miembro del Senado— dijo risueño y complacido:

*El debate ha dejado en claro, por lo menos, que el Honorable señor Frei es un excelente senador de gobierno.*

Cosa quizá aún más difícil: colocado ahora su partido en el gobierno, Frei ha sabido actuar con el mismo sentido de independencia moral y crítica constructiva.

Releo estas notas y me siento técnicamente molesto: resultan francamente d'itirámicas, al parecer. Quizá, arrojando algunas sombras, unas pequeñas manchitas por aquí o por allá. la figura de Frei resultaría más humana, más convincente. ¿Fué Wilde el que escribió que los hombres necesitan siquiera un defecto para hacerse perdonar sus cualidades? ¿O se me ocurrió a mí en este momento (perdón por la presunción) para justificar un análisis más severo que justifique, en último a Frei? ¿Insistiré, por ejemplo, en que, personalmente, no me gusta mucho como escribe, a pesar de que, en realidad, tiene "su" estilo, lo que, por cierto, es más importante que escribir correctamente? ¿Diré que la "Historia de los Partidos Políticos chilenos" el último de sus libros, me ha desilusionado, como a varios otros, que se creían con derecho a esperar una cosa mejor de Eduardo Frei? ¿Daré la razón a quiénes dicen que les gustaría, precisamente un Frei menos equilibrado, menos sereno, más capaz de impulso contagioso, puramente emotivo, expresado en una elocuencia menos cerebral, un dirigente menos ana-

lizador del pro y el contra de una cuestión a la luz de una rigurosa objetividad, del más absoluto y patriótico desinterés ?

Alguna pincelada de sombra se podrá echar por ahí. Es fácil, creo. El mismo Frei, hablando en su "Historia de los Partidos Políticos chilenos" de las causas del fracaso en Chile de los caudillos endiosados, anota que "el fuhrer lejano que pasa entre banderas y fanfarrias, como un dios, es imposible en países donde al jefe se le encuentra en cada esquina y se le conoce como un ser humano cualquiera. Todos en cierta forma alcanzamos en Chile ese grado de intimidad que hizo escépticos a los ayudas de cámara".

Si Frei tuviese un ayuda de cámara (¿cómo no han de sonreír ante esta suposición los que lo conocen?) el pobre hombre no tendría nada de sabrosamente indiscreto que contar y su patrón le resultaría desesperante. Hay que buscar por otro lado, y encuentro a aquel amigo de Illapel, antiguo compañero de la Universidad, que me puede contar cómo miran a Frei sus representados de allá entre los valles secos del Norte Chico.

—"Mira —me dice— los que suelen quejarse de él son los propios falangistas, que a veces se sienten como postergados; no porque no les sirva en cuanto pueda y sea justo y legítimo —a mí me consta que lo hace— sino porque ellos, con un sentimiento muy explicable, me parece que quisieran sentirlo más exclusivamente "su" senador, quizá en el fondo porque están muy orgullosos de él. Sobre todo ahora que la Falange está en el gobierno, no hay asunto de interés regional para el cual no se recurra a Frei, sin distinción de color político, y sin que él tampoco lo haga.

—Hay una cosa que me gustaría contarte —añade, sin advertir mi desencanto—, y es que cuando Frei hace una gira por su circunscripción, visitando cada pueblo, no lo reciben con la consabida comida los tres o cuatro caciquillos locales que siempre hay para agasajar en el Club al parlamentario de su partido, ni se organiza el "choclón" de rigor. Frei ni siquiera hace discursos: da en el pueblo una charla para explicar sencillamente los problemas fundamentales que afronta el país, lo que se hace, lo que debe hacerse, lo que podría hacerse por un gobierno de más capacidad realizadora y más capaz también de inspirar confianza y suscitar un movimiento colectivo de superación y sacrificio. Todo esto expuesto con una llaneza y una claridad mental tan grandes que, aunque se refiera a los complicados acuerdos de Bretton Woods, al juego desfavorable de los términos del intercambio, la filosofía espiritualista de la Falange y la dialéctica hegeliana y materialista del marxismo, toda la gente comprende y ve que los problemas de

Chile no son, en el fondo, tan complicados como a veces se les proclama, y que muchas cosas pueden solucionarse con buena voluntad e inteligencia, con una manera nueva y honesta de ver las cosas. Y van a oírlo todas las gentes del pueblo: el presidente y el director del sindicato, el cura y el rector del Liceo o de la Escuela Superior, los mineros y los empleados. Preguntan, hacen observaciones, se quejan de que no hay azúcar y los porotos han subido al doble de su precio, inquietan la causa, proponen soluciones. Eso es realizar la democracia, educar al pueblo, elevarlo, hacerlo participar efectivamente en la marcha del gobierno y los asuntos comunes, tomarlo en cuenta para otra cosa que para pedirle el voto en el apurado trance de la elección. A veces le ofrecen una comida, 30 o 40 personas del pueblo. Los maridos van con sus mujeres, gentes de clase media, por lo general, de cultura corriente, con todas las limitaciones y las robustas virtudes de nuestra clase media de Provincias, que no es la de Santiago, y se están una hora oyendo a Frei contar impresiones de la NU en Lake Succes o en el Consejo Económico y Social en Santiago, recuerdos de viaje o de lecturas. Así, durante una hora, sentado en un comedor del Club Social de Salamanca o en un local de Combarbalá, a través de un personaje de primera fila, a lo largo de una charla llana, salpicada de anécdotas divertidas, observaciones imprevistas o profundas, entre preguntas y respuestas, tú vas viendo desarrollarse los grandes problemas económicos y políticos mundiales, sus repercusiones en Chile, sus peligros, sus posibilidades. Si tuviéramos un hombre así por cada provincia, que actuara en la misma forma, con la misma visión integradora de lo regional en lo nacional y lo mundial, la misma voluntad de servir y ser eficaz, honestamente, inteligentemente, un cambio profundo se pondría en marcha a lo largo de todo el país, como si algo, una parte importante de la máquina, que está parada desde hace muchos años, echara a andar de nuevo, cada vez con más fuerza. ¿Acaso no será posible eso, acaso no ha comenzado ya? ¿Por qué no dices eso?''.

Una de las cosas que inevitablemente llaman la atención en Frei es esa auténtica cultura, vital, digerida, verdadero desarrollo de la personalidad, no excrecencia libresca: la que le permite analizar agudamente un problema en el Senado de la República que escucha sin bostezar y tratar con un minero de Copiapó de manera que éste se sienta inteligente y considerado. Ese arte difícil del trato y la conversación, que, como decía La Bruyere, consiste no en lucir el propio ingenio sino en hacer que los demás luzcan el suyo (aunque no lo tengan), es producto sólo de una cultura refinada y



de profundas raíces morales; toda la cortesía es, en último término, cuestión de caridad. “La buena educación —anotaba Herriot— es lo que a uno le queda cuando ha olvidado todo lo que estudió”.

Frei, además, recuerda lo que ha estudiado. Admira comprobar que entre todas las ocupaciones absorbentes de la política y el ejercicio de la abogacía encuentra tiempo para seguir estudiando y leyendo. Puede oírsele hablar extensa y fundadamente de Toynbee, que acaba de ser editado en castellano; de los novelistas franceses del siglo XIX, tan injustamente olvidados por la moda: Balzac, Maupasant, y de los últimos novelistas ingleses y americanos. Pero, fenómeno corriente, mientras más novelas lee, más le va interesando la historia, la novela que fué. Por otra parte resulta curioso oír a un político chileno hablar apasionadamente de pintura italiana y analizar a Miguel Angel, a Ghirlandajo, a Boticelli, a Filippo Lippi, a Leonardo.

“Una vez, —contaba en una oportunidad Frei— me pasó una cosa divertida en un museo de Italia. Iba con dos amigos y me puse a darles algunas explicaciones sobre los cuadros que veíamos. Otra gente se juntó y nos fué siguiendo, de sala en sala. Al final querían pagarme porque creyeron que era un guía del museo”.

El secreto de todo eso está —en parte, por cierto— en la biblioteca de Eduardo Frei. Además de las reproducciones de cuadros puede uno encontrar en ella una colección extraordinariamente completa de obras sobre el Renacimiento italiano o sobre el siglo de oro español. No deja de resultar un tanto sorprendente que un hombre de cultura tan latina sea admirador de los grandes historiadores alemanes del XIX: Burchardt, Droysen, Pastor, pero alemanes entusiastas de la cultura mediterránea, como casi todos los alemanes inteligentes, por lo demás.

Más de uno ha manifestado su sorpresa al ver en esa biblioteca tantos clásicos griegos: Esquilo, Sófocles, Homero, libros de éstos que ordinariamente se observan vírgenes de todo contacto y aparecen aquí con visibles señales de uso frecuente.

Con cierta vacilación suele Frei confesar su afición a los clásicos griegos, temeroso quizá de que pueda parecer mera “pose” de original o pedante. Mas ella no puede extrañar a quien conoce al hombre y aprecia la permanente lección de mesura y equilibrio armonioso que constituye el espíritu clásico. Nada de raro, pues; lo que puede, sí, extrañar es que un político activo encuentre tiempo para estudiar pintura italiana, mantenerse al día en abundantes lecturas y renovarse volviendo a los viejos buenos libros.

Si se le interroga sobre esto, Frei responderá diciendo que lleva

treinta y tantos años leyendo y que ahora la tarde del Sábado y el Domingo son sagrados para él: el único tiempo que tiene para dedicar a su familia, especialmente a los niños, y también para leer con calma. Hay tanto que leer... —“Economía, —dirá— por ejemplo. Es imposible ahora actuar en política sin saber de economía y sin estar al tanto de lo que sucede en el mundo del comercio y las finanzas mundiales, del cual somos un apéndice en el que todo repercute”— y la conversación será desviada por un plano impersonal.

De todos modos —piensa uno— se necesita una extraordinaria capacidad de trabajo, de ésas que parecen adquirirse sólo muy tempranamente, en madura escuela. Y así ha sido. Hay testigos de ello.

—Yo era todavía un niño —me dice uno— cuando llegué a estudiar al “Instituto de Humanidades “Luis Campino”, pero recuerdo perfectamente que una mañana me mostraron a Eduardo Frei, que entonces debe haber estado en V año de humanidades. Era la notabilidad del colegio, muy querido de todos y, naturalmente, muy admirado de los que éramos más chicos, lo que pasa en todos los colegios con algunos alumnos. Esa mañana hacía un frío horrible y Frei, un muchacho alto y flaco, de pies enormes, llevaba un traje delgado, las manos en los bolsillos, una bufanda al cuello, por todo abrigo. Tenía que hacer clases particulares para ganarse la vida. Su padre estuvo enfermo mucho tiempo y Eduardo se vió obligado a trabajar y ayudar a su familia, sin abandonar los estudios. Así siguió también los de Leyes en la Universidad Católica. Un tiempo enfermó, —hacía hasta 25 horas semanales de clases— y los que fuimos a verlo medimos la modestia en que vivía, más que modestia, casi pobreza.

—A pesar de todos esos inconvenientes, Eduardo Frei fué un alumno excepcional. En cuarto año de Leyes entró a trabajar en el estudio de don José Ramón Gutiérrez, uno de los mejores abogados del país en su tiempo, y luego, cuando don José Ramón murió, al bufete de don Exequías Allende, otra notabilidad. De ambos, Frei se ha expresado siempre con gran afecto.

—Te cuento todo esto, que para otro hombre podría ser humillante, porque Eduardo Frei no ha sido nunca un amargado o un resentido, ni tampoco un arribista. Eso lo vimos muy bien los que pudimos observarlo en la Universidad Católica y después en la vida. En cambio, esas circunstancias le sirvieron para forjarse una gran entereza de carácter y adquirir una capacidad de trabajo excepcional. Así se explican muchas cosas.

—No me hubiera imaginado nunca todo eso —digo yo.

—Y muchos más tampoco se lo imaginan. Te hablo de cosas que datan de un cuarto de siglo, o poco menos. Pero lo que ocurre hasta cierta edad no se olvida nunca; para bien o para mal, queda. En este caso, para bien.

—En este último cuarto de siglo —pienso— ha pasado mucha agua bajo los escasos puentes de Chile, mucha agua sucia bajo los puentes del Mapocho. Hubo una hora de triunfo, decisiva para la clase media y los proletarios del país cuando un hombrecito moreno, con la banda presidencial recién terciada, saludaba apretando los guantes blancos como para disimular la mano empuñada del Frente Popular. Era una tarde de calor tórrido, como para las palmeras del Congreso. La muchedumbre frenética, enronquecida, rompió los cordones de los carabineros que debían de estar un poco asombrados de semejante explosión de entusiasmo, más que entusiasmo, delirio. Quizá no habían visto nada semejante desde la caída de la dictadura de Ibáñez. Un delirio de alegría y, más que todo, de esperanza, en el que casi no había odio. Todo aquello duró muy poco tiempo. El pueblo ha perdido la fe, la capacidad de entusiasmarse sin reservas. Ha visto que el poder marea, el dinero corrompe, el éxito afecta a la memoria pero no al apetito, y que los hombres que encumbró al gobierno, los triunfadores de la clase media, se demostraron casi todos y han seguido demostrándose, indignos de su fortuna y —lo que importa— de sus responsabilidades. Fenómeno viejo: ya Gracián hablaba de los hombres cuyo estómago es, con todo, inferior a su éxito, pues no son capaces de digerirlo. Y, sin embargo, no hay otro camino que seguir probando, hasta el límite elástico e incierto que está en la fuerza misma de las cosas.

No puedo menos que hacerme estas reflexiones ante un hombre para quien la vida fué dura y estrecha en sus comienzos y que, al revés de otros, no ha fracasado con el éxito. Pues, como se sabe —¡no lo sabremos los chilenos!— el éxito suele ser prueba más difícil que la adversidad.

Sin embargo, hablar del *éxito* de Frei es relativo. Es evidente que Frei aún no ha “llegado”, está en camino, a medio camino; tiene aún mucho que hacer, tiene mucho que hacer en Chile un hombre así, una idea como la que él representa y a cuyo servicio se ha puesto, lo que es la única manera de representar algo: servir.

—La tarea del socialcristianismo —insiste— ha dejado ya de ser labor de academias, formulaciones teóricas, debe encarnar en realizaciones concretas; es tarea que hay que hacer aquí, ahora, inmedia-

tamente, no dentro de 100 años más. Si esperamos a entonces el mundo ya se habrá transformado completamente, habrá entrado a una nueva edad histórica bajo un signo que no será el del espíritu cristiano, sobre el cual se funda la civilización de Occidente. No digo que haya que realizar una política desligada de los principios. Eso no es posible, es apenas concebible ahora. Países, continentes enteros se transforman por la fuerza de ideas que importan una concepción total de la vida, del hombre y de su destino; pero de ideas encarnadas en la realidad social, que generan nuevas realizaciones, por su propia dialéctica. Nosotros defendemos dos principios esenciales, consubstanciales a la dignidad del hombre: la justicia y la libertad. Ambos son absolutamente interdependientes, porque la pérdida de la libertad siempre conduce a una violación flagrante de la justicia, y no hay verdadera libertad para hombres cuya condición significa una violación de la justicia. Lo demás es espejismo, como en los últimos años lo hemos visto, como aún lo estamos viendo. La realización de estos dos principios esenciales importa en nuestro país, simultáneamente, el mantenimiento del régimen de derecho y la creación de condiciones de vida humanas para la gran masa de los chilenos, la redención del proletariado. Esta no se consigue con sólo dar pan, hay que dar al obrero, al campesino, al empleado, el sentido concreto de su dignidad, de su posibilidad de mejoramiento integral, de su ascensión en la sociedad, hacerlos partícipes de la tarea colectiva. Estas cosas no se consiguen simplemente con la dictación de leyes, la realidad no se transforma por decreto; ellas importan una verdadera revolución, pero una revolución pacífica, nacida de un movimiento profundo de renovación de los espíritus, una revolución moral. ¿Pero es posible hablarles de revolución moral a millones de chilenos que no tienen casa y cuya alimentación está por debajo del mínimo indispensable? ¿A los hombres que cavan las galerías del carbón sabiendo que toda su vida tendrán que hacer lo mismo, al que maneja una palanca en la fábrica y sabe que mientras más riqueza produzca más se ampliará la fábrica para que más hombres como él muevan más palancas, indefinidamente?

Mas, por otra parte, somos un país de posibilidades económicas limitadas y sólo un movimiento colectivo de superación y sacrificio puede romper el círculo vicioso y poner en marcha la transformación que se necesita. Corresponde a los que mandan iniciar ese movimiento, dar el ejemplo de austeridad y honestidad. Más aún, yo diría que Chile espera una cosa así. Siempre los llamados sinceros al sacrificio por una causa grande, común, encuentran eco

en el corazón de los pueblos, despiertan sus energías, movilizan insospechados recursos materiales y espirituales, porque los pueblos, cuando no han muerto, siempre esperan algo, y "lo más misterioso es la esperanza".

Chile, sin duda, espera. Cuando la fe parece haberse perdido o apagado, de alguna misteriosa manera sobrevive en la esperanza, que es una forma de la fe, la última, quizá, la irreductible. Por lo mismo, el que justifica la esperanza hace revivir la fe de muchos. Es muy dura, pues, la tarea de los hombres que son una promesa. No hay que envidiarlos.

## HACIA LA COPROPIEDAD Y LA COGESTION DE LAS EMPRESAS

por Sergio BAEZA PINTO

Resolver la oposición que existe entre los diversos factores que colaboran en la producción es, indudablemente, solucionar el problema fundamental de nuestra época: el problema social. Mientras los que aportan su trabajo, sea técnico, intelectual o manual, ninguna parte tengan en los bienes que forman el capital de la empresa en que laboran; mientras sólo sean vendedores de su esfuerzo, difícilmente podrá haber armonía entre capital y trabajo. Y es muy posible, especialmente en el caso de nuestra Patria, que la solución de esta hostilidad no sólo resuelva el problema social, sino el muy grave de la subproducción.

Parece indudable que el sistema económico ideal será aquel en que los que trabajan sean dueños de la empresa para la cual laboran.

En el hecho, no obstante, por lo menos dentro de un futuro previsible, ello no es posible, porque los capitales que requieren las modernas usinas están fuera del alcance de la masa.

Pero es posible, si realmente se quiere llegar a una solución, encontrar una fórmula para establecer siquiera un sistema de copropiedad, en el cual los dueños serían el capital y el trabajo, como es de justicia que sea.

La transformación total de nuestra economía, sobre un planteamiento cristiano, es una tarea todavía lejana. Pero, mientras llega la época apropiada para la solución total, es posible morigerar los inconvenientes de la actual organización.

Un sistema que signifique expropiación de parte del capital no podría prosperar en las actuales circunstancias; pero si se encontrara la manera de hacer dueños a los trabajadores, sin confiscar parte alguna del capital, se habría dado un paso importante en la vía de la superación de la actual organización de la empresa, sin necesidad de producir los graves trastornos que acompañan a toda revolución no suficientemente madura.

El capital de una empresa está constituido por los diversos bienes físicos que la integran. Numéricamente, este capital se expresa en el valor en dinero que tales bienes representan.

El esfuerzo del capital se agota junto con proveer a la empresa de todos los elementos materiales que necesita para su adecuado funcionamiento. Pero el capital no es capaz de darle vida a la empresa. La vida está en potencia en todas las maquinarias y edificios que la constituyen. Pero, para actualizarla, para que ella marche y produzca, se necesita el esfuerzo técnico, intelectual y manual de los trabajadores.

Pues bien, una vez que la empresa está en marcha, en plena producción, abasteciendo el mercado, ya no tiene el mismo valor que tenía cuando sólo era una arquitectura material, inerte. Una empresa en marcha tiene un valor distinto y superior al del conjunto de los bienes físicos que la componen. Y esto no es una mera especulación teórica. Es la realidad en la vida de los negocios.

Ahora bien. ¿En virtud de qué adquiriera ese sobre valor? No puede caber duda que gracias al trabajo.

Lógico es, en consecuencia, concluir que ese sobre valor pertenece al trabajo. No debe, por lo tanto, aumentar el patrimonio de los tenedores de las acciones representativas del capital, sino el de los que con su labor, sea técnica, intelectual o manual, actualizan las virtualidades de sus bienes físicos.

Si el valor de estos últimos está representado por acciones que dan a sus dueños derecho a un dividendo: a elegir y ser elegidos, en las juntas de accionistas, directores e inspectores de cuentas, es indudable que aquel valor de la empresa que excede al de sus bienes materiales debe estar, asimismo, representado por acciones, que deben repartirse entre los causantes de ese sobre valor: los trabajadores. De otro modo, los dueños del capital obtendrían un enriquecimiento sin causa.

Ahora, del mismo modo que los tenedores de acciones de capital, los dueños de las acciones provenientes de dicho sobre valor deberán tener derecho a un dividendo, a participar en las juntas de accionistas y a elegir y ser elegidos para los cargos directivos de la empresa.

Para llevar a la práctica esta idea, una vez que la empresa estuviera desarrollando su vida normal, habría que proceder a la revalorización de su activo, con la suma representativa de este sobre valor de que venimos hablando —que es tan real como cualquiera otro bien de la empresa— y a repartir entre los trabajadores las acciones correspondientes. Este reparto no tendría por qué no ser igualitario, por cuanto, si bien las funciones pueden ser cualitativa o

cuantitativamente diferentes, todas son igualmente importantes para el resultado final. Por lo demás, la diferenciación en los salarios es suficiente para satisfacer el aspecto de justicia que pudiera incidir a este respecto.

En las empresas nuevas, podría suscitarse, el problema de la determinación temporal del momento en que se ha producido el sobre valor de que se trata. En las nuevas y antiguas, la cuantía de ese sobre valor.

Es obvio que no puede darse para estos problemas una solución matemática. Se trataría de una cuestión de hecho, cuya apreciación depende de una serie de circunstancias.

Pero, lo que es esencial, sujeta la mantención de la actual estructura económica, es que ni los capitalistas ni los obreros sufren con este sistema menoscabo alguno. Los primeros, porque mantienen indemne el valor de su capital; los otros porque no tienen suma alguna que desembolsar para llegar a ser conductores de la empresa.

Pero, se nos objetará, es cierto que los capitalistas no son expropiados en su capital; pero sí lo son en sus utilidades, ya que, si aumenta el número de acciones, el interés tendrá que bajar, por una simple razón matemática, ya que si un número permanece igual y es dividido por un divisor mayor, el resultado tendrá que ser, necesariamente, menor.

Empero, esta objeción sólo tiene un valor aparente, en virtud de lo siguiente:

En primer lugar, tan pronto como el obrero tenga una participación directa en las utilidades de la empresa, fuera de su salario, e ingerencia en su dirección, es obvio que pondrá en su tarea mayor dedicación y más esfuerzo. Huelga decir que ello

se traducirá en un incremento de la producción y, consecuentemente, en un aumento de la utilidad.

En seguida, como en nuestro país las utilidades repartibles por las empresas como dividendo están limitadas a un cierto porcentaje, calculado sobre el capital propio, hay muchas que deben disimular sus utilidades, para liberarse de los subidos impuestos que gravitan sobre las que se consideran excesivas. Es natural, entonces, que, desde el momento en que el capital propio va a experimentar el incremento que significaría la adición del sobre valor de que venimos hablando, podría aumentar sensiblemente la cantidad de dinero susceptible de repartirse como utilidad ordinaria.

No creemos, pues, aventurado afirmar que el fondo de dividendos podría aumentar, conforme a lo ya expresado, en forma suficiente como para compensar al mayor número de acciones que, según el plan propuesto, tendrían derecho a participar en él.

También podría deducirse como objeción, que todo lo anterior estaría muy bien, salvo en la hipótesis de la liquidación de la empresa, ya que, en tal momento, se produciría una expropiación del capital, al entrar a la distribución de los bienes de ella un mayor número de acciones y al haberse extinguido el sobre valor de la empresa en marcha, puesto que estaría paralizada.

A ello habría que contestar, desde luego, que la liquidación de una empresa es un fenómeno perjudicial y trastornador de la normalidad económico y social, porque significa cesantía e improductividad. No puede, pues, especularse sobre tal base. Si de hecho llega a producirse una liquidación, que dejaría a los tra-

bajadores sin ocupación y, por lo tanto, sin salario y que destruiría el equilibrio resultante de la plena producción y del empleo pleno, no sería justo liberar de las consecuencias al capital. Se trataría, únicamente, de la aplicación del antiguo principio de que hay que estar a las duras y a las maduras. La liquidación de una empresa es un desastre para la marcha normal de un país. Pues, que lo soporten todos. El trabajo perderá su ocupación y su salario; el país verá destruido su equilibrio económico; es natural que el capital pierda parte de su valor.

Por lo demás, no es extraordinario que la masa partible al momento de la liquidación de un negocio exceda en muchísimo, al valor del capital aportado; por manera que, aún tomando en cuenta la desvalorización de la moneda, una mayor cantidad de comumeros no siempre amenguará el caudal de los titulares del capital.

Se nos objetará, además, que el beneficio que los obreros obtendrían por concepto de dividendos sería tan escaso, que su mejoramiento económico, por esta vía, sería totalmente ilusorio. Sin duda que no va a ser muy grande, porque, para ello, necesitarían ser dueños de muchas acciones. Pero no se puede desconocer la trascendencia que tendría el hecho de que los trabajadores pasaron a ser copropietarios de las empresas y condirectores de ellas. El problema social finca, indudablemente, en la pobreza de la clase asalariada; pero no absolutamente en eso, sino que, también y en forma bien principal, en el régimen que da forma a la organización de la empresa capitalista. Todo lo que tienda a modificar el espíritu y la estructura del capitalismo será, por lo tanto, un pa-



so más hacia un justo orden social.

Uno de los atributos del derecho de propiedad es la facultad de enajenar las cosas sobre las que se tiene dominio. No podría hablarse, pues, de un verdadero derecho de propiedad de los trabajadores sobre sus acciones, si no pudieran venderlas. Es este el punto quizá más delicado del planteamiento que venimos formulando. Pero no es tan difícil de resolver.

Veamos. Si un capitalista desea ingresar a una sociedad determinada, para hacerlo, debe comprar acciones de ella; y, naturalmente, dejará de pertenecer a ella, tan pronto como las enajene. En este último caso, con el dinero resultante puede, o comprar acciones de otra empresa o invertirlos en cualquier otro negocio lucrativo.

En todo caso, su relación con cualquier empresa estará condicionada al hecho de ser propietario de acciones de ella.

Igual cosa deberá ocurrir respecto del trabajador. Para contarse entre los de alguna empresa, deberá forzosamente ser dueño de determinado número de acciones. Estará ligado a ella por un contrato de trabajo y por sus acciones. Pero si las vende, ya no podría continuar empleado en ella, por la misma razón que el capitalista que enajena sus acciones deja de pertenecer a la respectiva sociedad.

Pero el trabajador no tiene otro medio de vida que su propio esfuerzo, de manera que no estaría en condiciones de emplear el dinero proveniente de la venta de sus derechos en otra cosa que en acciones de una nueva empresa, para tener la facultad de trabajar en ella.

Habría, pues, un mercado especial de este tipo de acciones del trabajo, en el cual, el obrero

o empleado que desea abandonar una empresa ofrecería vender sus acciones de ella y en el que, por otra parte, podría adquirir acciones de otra empresa con el fin de ingresar a ella.

Tal como un capitalista no puede adquirir en el mercado determinadas acciones si nadie las vende; del mismo modo, un trabajador no podría entrar en otra empresa si no hay quien enajene las correspondientes acciones de trabajo; es decir, si no hay vacantes en dicha empresa. El capitalista puede vender con mayor libertad, es decir, sin consideración a si podrá comprar otras, porque su medio de vida es el dinero, que puede emplear en otros objetos; pero el trabajador, que, como hemos dicho, no cuenta con otro medio de vida que su trabajo, es natural que sólo podría vender si estuviera en condiciones de comprar. De otro modo, tendría que sufrir cesantía.

Sin duda que se hará la siguiente objeción: el diferente precio de las acciones o la diversa cantidad de ellas que, según la empresa, se necesitaría para ser trabajador de ella, dificultará o imposibilitará, las más de las veces, esta facultad de comprar y vender que tendrían los obreros o empleados. Indudablemente; pero esa es, asimismo, la situación del capitalista. Con efecto, si uno determinado es dueño de una acción que vale veinte pesos y la vende, no puede aspirar a comprar otra que valga, pongamos por ejemplo, \$ 100 — Las posibilidades de adquisición de toda persona están limitadas por sus medios de compra y sus posibilidades de venta, por las disponibilidades de los presuntos compradores. No tendrían los trabajadores razón para aspirar a una situación de privilegio en

este punto, Por lo demás, el erédito podría ser un factor que anulara estas limitaciones.

Otras cuestiones que pueden presentarse a este respecto.

¿Qué pasaría en el caso de que una empresa tuviera que aumentar el número de sus trabajadores? ¿Cómo obtendrían acciones esos nuevos empleados u obreros?

Una empresa va a necesitar aumentar sus trabajadores cuando amplía sus actividades. Esto significa que ha incrementado sus bienes físicos y, por lo tanto, que ha crecido su sobre valor. Ello deberá dar origen, en consecuencia, a la correspondiente emisión de acciones de capital y trabajo, con lo cual, los nuevos trabajadores tendrían derecho a recibir las respectivas acciones.

Ahora, ¿qué situación se presenta si una empresa debe disminuir el número de sus trabajadores? Para desligarse del personal excedente tendría, entonces, que rescatar el correspondiente número de acciones; pero no al precio del mercado, porque al pertenecer los trabajadores a la empresa como asalariados y accionistas significa que tienen el derecho a la estabilidad de su empleo, que son dueños de su empleo. Lógicamente, la renuncia a tal derecho debe ser adecuadamente indemnizada. El valor de rescate de las acciones del trabajo podría estar regulado por la circunstancia de que, si el obrero pide un precio muy elevado, bien podría convenir más a la empresa mantenerle su empleo. Para evitar especulaciones que podrían resultar perjudiciales, podría quedar entregado la regulación del precio al dictamen del Poder Público, por tratarse de un asunto de bien común.

Pero hay que ponerse, también, en el evento de que una empresa necesite reducir su personal por hallarse en mala situación. En este caso, no sería posible exigirle un desembolso que agravara aún más dicha circunstancia. El Poder Público, por medio de tribunales arbitrales especiales, debería intervenir para regular, en este caso, la indemnización correspondiente; es decir, el valor de rescate de las acciones de los obreros despedidos.

Este problema puede presentarse o no combinado con la necesidad de reducir el capital de la empresa, para cubrir determinadas pérdidas. Es lógico que en este caso todos los interesados en el negocio deberían soportar la reducción de sus respectivas cuotas en él, tratándose de capitalistas o de trabajadores.

Pues bien, al haberse producido una situación de despido de personal, con el consiguiente rescate de sus acciones en un precio superior a su valor de cambio, tales trabajadores quedarían mejor habilitados para adquirir acciones de otras empresas, con el fin de ingresar a ellas. Es claro que si existe un estado agudo de desocupación, les será difícil encontrar trabajo; es decir, acciones de trabajo disponibles. Pero, cualquier sistema falla en época de crisis. La conjuración de los males provenientes de una crisis y de su correspondiente cesantía son ya del resorte de la acción directa del Estado y de la previsión.

Es muy probable que el sistema propuesto sólo pueda ser susceptible de aplicación a determinado tipo de empresa y que, aún dentro de un campo limitado de posibilidades, deba ser sometido a múltiples rectificaciones, según las circunstancias específicas. No hemos pretendido sentar una teo-

ría sobre la materia. Este puede ser uno de los muchos sistemas necesarios para llevar gradualmente la economía hacia una estructura más humana. Por ello, si hoy puede aparecer satisfactorio, eso no significa que mañana

no constituya un anacronismo, por haber hecho mejor carrera otros planteamientos que ahora se consideran menos realizables, pero que, indudablemente satisfacen mejor la idea cristiana del orden económico y social.

www.archivopatricioaylwin.cl

# ESCUELAS DEL ESTADO Y FORMACION CRISTIANA

## Visión de conjunto

por *Georges DELCUVE S. J.* (1)

Eminentes educadores de diversos países y continente nos han introducido en la esfera de las escuelas oficiales. Otros escritores competentes, pedagogos, juristas, estadistas nos han iniciado en los debates de que ellas son objeto en Europa, América, Asia y Africa. Esta información general fué seguida de una documentación y sugerencias relativas a la educación religiosa de los alumnos de la enseñanza oficial (pública). Desprender los dos rasgos más importantes de ambas partes de este número, agrupar bajo unos pocos títulos afirmaciones diseminadas que se corroboran y exigen por lo mismo profundizar la encuesta, si no constituyen ya una certidumbre moral, recordar igualmente los consejos o directivas más adecuados a orientar la actual evolución de las escuelas estatales hacia un estatuto favorable al pleno desenvolvimiento de todas las aspiraciones legítimas, comprendido ante todo el sentido religioso: tal es el designio de estas páginas a propósito de las cuales la revista deseaba establecer un diálogo con sus lectores.

En el primer párrafo presentaremos algunas consideraciones metodológicas que han inspirado la confección del presente número.

(1) Reproducido del número especial sobre el tema de "Lumen Vitae", órgano del Centro Internacional de Estudios de Formación Religiosa.

I. Consideraciones metodológicas.— Determinar la influencia de la escuela neutral sobre la vida moral y religiosa del niño, del adolescente y del joven es una empresa compleja. Por una parte, se trata de observar con tino disposiciones íntimas: fe o al menos abertura al misterio, vida moral, observancia religiosa. Por otra parte, una vez descubierta una evolución dada se hace preciso descubrir sus causas sin exagerar ni disminuir la acción del medio escolar. Por ejercerse sobre un ser humano dotado de un acervo hereditario, de un temperamento, de vida divina tal vez, de una formación natural y sobrenatural, la influencia de la Escuela, cualquiera que sea, encuentra complicidades y resistencias en aquél que por primera vez acaba de franquear sus umbrales. Convertido en escolar, liceano o universitario el alumno sigue perteneciendo a otros medio-ambientes: familia, movimientos juveniles, parroquia, quizás, y en todo caso ambiente moderno creado por el poderoso intermedio de la prensa, la radio, el cine... La Escuela se presenta pues como un "medio" entre varios otros, y con toda verosimilitud si actúa sobre ellos también recibe su influencia.

Si nuestro proyecto no es fácil de realizar tampoco resulta quimérico. Las declaraciones y las lagunas del programa, el espíritu que debe animar a la enseñanza según las directivas que se imparten, los datos relativos

a la formación, a la creencia o a la "fe laica" de los profesores el conocimiento del medio representado (en toda la fuerza del término) por la mayoría del alumnado: todo esto fundamenta pronósticos que sugieren hipótesis dignas de verificar. La prolongada y discreta observación de los niños y adolescentes, la comparación hecha en un medio familiar y profesional suficientemente homogéneo entre alumnos fiscales y de otros establecimientos, nos enseñan más que un test ocasional que no por ésto es despreciable. De ahí el valor de los testimonios consignados en este número; sus autores son: profesores distinguidos de diversos grados de la enseñanza pública, sacerdotes encargados de la instrucción religiosa de niños y adolescentes de las escuelas del Estado, directores nacionales de la enseñanza cristiana, capellanes, etc.

Si es difícil determinar la influencia real de la escuela neutra y laica, es más fácil para cada uno de poder apreciarla individualmente, pero por lo mismo más difícil de ponerse de acuerdo sobre un juicio de valor. Todo depende de la norma a la cual uno haga referencia. Ante un joven cuya fe se ha desecado en un clima racionalista, el racionalista hablará de una liberación de la garrá dogmática y del progreso del pensamiento; un cristiano sufrirá por encontrar un alma mutilada y cerrada a las confidencias misteriosas de Dios. Evidentemente es bajo el ángulo cristiano que los colaboradores de este número —miembros de la Iglesia católica romana, de la Iglesia ortodoxa, de la Iglesia de Inglaterra— han apreciado los itinerarios espirituales. Y creo que los hombres verdaderamente religiosos de otras creencias, participarán, al menos en sus lí-

neas generales, esta manera de ver. Aún —y éste es un hecho nuevo explicado al menos parcialmente por los estremecimientos recientes o los que se esperan para un futuro más o menos cercano— hombres que ayer fueron entusiastas defensores de un humanismo antropocéntrico, titubean hoy frente al desenvolvimiento puramente humano de una vida personal o social, inspirada por el ateísmo y el racionalismo; están llanos a hacer suyo el planteamiento de los cristianos... hasta tal punto es cierto que la historia es una guía para la vida. ¡Quiera Dios que este fascículo los ayude a encontrar la luz hacia la cual su buena voluntad los encamina!

2. **Ventajas del medio escolar neutral y laico.**— No vamos a comparar aquí la enseñanza neutral con otra distinta desde el punto de vista de los estudios profanos, de los locales, de la instalación de terrenos de juegos y deportes. Nos colocamos en el punto de vista religioso y moral. Y desde este punto de vista el medio escolar neutral presenta ciertas ventajas. En él se hallan representadas diversas concepciones de vida; ellas se expresan por actitudes que avivan la curiosidad de quienes no las comparten: declaraciones, negaciones violentas, escepticismo o simplemente silencio obstinado, abstención... El cristiano se encuentra conducido entonces a tomar conciencia de aquello que constituye su originalidad y a buscar una justificación de las posiciones que él ocupa por razones familiares. Ya sea que reciba enseñanza religiosa en la parroquia o en la misma escuela, hay tal desproporción entre el tiempo consagrado a las materias profanas y las pocas medias-horas concedidas a la instrucción

cristiana que la saturación se deja sentir rara vez.

Los siguientes resultados en los alumnos de las escuelas del Estado se desprenden de informes independientes unos de otros:

1º un interés más vivo por la religión y como una mirada novedosa sobre el mundo religioso,

2º una búsqueda de lo esencial y cierta aversión con respecto al formalismo,

3º una participación más personal carente de respeto humano,

4º en algunos el sentido de la responsabilidad apostólica, agudizado por el contacto con indiferentes e incrédulos,

5º la perseverancia, observada con bastante frecuencia, de ex-alumnos cuya vida religiosa se ha desarrollado en la plentitud de la vida.

Son ventajas substanciales. Pero es difícil atribuir las a una influencia de la Escuela, propiamente dicha; ésta es más bien la ocasión. Tal se deduce de la comprobación de que esta vida religiosa se encuentra preferentemente en los jóvenes que pertenecen a una familia realmente cristiana o dotados ellos mismos de fuerte personalidad.

Por tanto, es bastante escasa, dado el medio en que de ordinario se reclutan los alumnos. Aún más, en esta élite cristiana ¿no es lícito temer que la síntesis de la religión y de los valores humanos no se lleve a cabo por no haber colaborado a ello a la enseñanza?

Nuestra conclusión de conjunto debe pues evitar dos extremos. El de cerrar los ojos ante tales éxitos y por ceder a no sé qué determinismo, exagerar la influencia desfavorable del ambiente escolar neutral, desalentando así a los educadores religiosos, a los padres bien intencionados y los propios alumnos. La otra actitud es igualmente

perniciosa: tomar pié en los casos menos frecuentes, que por lo demás se explican más bien por factores extraños a la Escuela, para negar las desventajas de que nos ocuparemos enseguida.

3. Influencia nociva de la Escuela neutral desde el punto de vista religioso y moral.—La situación varía de una región a otra; depende de la presencia y sobre todo de la actitud de los profesores creyentes. En su conjunto el medio escolar neutral, que, en un sentido protege al joven cristiano contra el formalismo, los expone por muchos lados a graves peligros.

La neutralidad —al menos tal como ha sido practicada generalmente— induce al alumno a pensar, con o sin razón, que la religión no interviene en los juicios ni en la vida de sus educadores, y que está exenta por lo tanto de importancia vital. Mientras más joven es el alumno más se inclina a esta interpretación. Para el niño un sentimiento oculto no es sincero. El adolescente y el joven, con una experiencia íntima más compleja, pueden evitar mejor estos excesos. Pero con dificultad escapan de esa especie de separación que aísla la vida religiosa de la cultura profana. Otro hecho se produce, que a primera vista parece paradójal: se encuentran amenazados de no poder captar la transcendencia y la coherencia del cristianismo y de asimilarlo a otras concepciones de la vida, a “místicas” naturales evocadas por el ambiente que los rodea o por autores y por films presenciados sin discernimiento. En otros términos, se encuentran expuestos al peligro de eclecticismo y de relativismo. Resumiendo, el efecto más pronunciado de la neutralidad es una división interior. En la esfera intelectual coexistencia

de pensamientos contradictorios. En el dominio de la vida, una piedad al margen de un humanismo antropocéntrico.

Dicha neutralidad, no siendo compatible con la educación, ha evolucionado hacia un dogmatismo laico, hacia una fe laica. La posición más característica parece ser el racionalismo: la razón humana alcanza o alcanzará la solución de todos los problemas. Por tanto, los misterios son superfluos; la religión natural no resiste mejor. Aún desestimando el cientecismo obtuso de antes, no se considera a Dios una hipótesis necesaria para la explicación del universo. El profesor de historia cree que se puede hacer abstracción de impulso religioso y de las intervenciones supra-humanas que han influenciado la evolución de la humanidad. El profesor de literatura explica la Divina Comedia sin recurrir al espíritu que inspiró al Dante. Y no es todo. Después de haber abandonado el dominio de lo religioso el educador deja de interesar a sus oyentes por los problemas más fundamentales del hombre. Es un defecto observado en diversos países. La facultad de abstracción no va más allá del plan de lo matemático. Los alumnos deben absorber una cantidad de conocimientos que se limitan al aspecto superficial y múltiple de la realidad. Se produce un desinterés por el alma interior y libre para preocuparse exageradamente del cuerpo sujeto al determinismo. ¿Puede sorprender que tales estudios sean cada vez más utilitarios? Hoy en día los nuevos métodos infunden mayor modestia al espíritu al señalarle las dificultades de la investigación; por otra parte, ellos circunscriben a menudo el interés al campo de la observación directa, acentuando todavía una tendencia desmedida. ¿Qué resul-

ta para la vida religiosa e intelectual? El alma es, por decirlo así, mutilada: se cierra al misterio; deja de interesarse por los valores más elevados y termina por no dejarse a ellos.

Divididos y mutilados interiormente, el joven y la joven, bajo apariencias muchas veces engañosas, carecen de una personalidad fuerte. No es solamente en los regímenes totalitarios —en Alemania o Japón— donde se observa una influencia excesiva del Estado, vale decir del partido que gobierna, sobre la Escuela oficial. Sin duda al generalizarse la instrucción exigía una nueva intervención del Estado. La amplitud de ésta ha sobrepasado lo que se esperaba. Así se ve, en ciertos países sobre todo, que las almas, demasiado débiles, eran fáciles presas de la dictadura de la opinión, del partido, del Estado, y que por falta de un principio interno de cohesión, la enseñanza generalizada y especializada esperaba del Estado una unificación externa. La situación no lleva visos de cambiar a este respecto ni en el Japón ni tal vez en otros países.

Tal fué, de acuerdo con las diversas comunicaciones recibidas, la evolución de una enseñanza ceñida a una lógica inmanente, cuyos primeros protagonistas eran imperfectamente conscientes; algunos habrían con seguridad condenado el punto al cual hemos llegado hoy día. En verdad, hay circunstancias exteriores que han intervenido también, sea para llevar el desarrollo más allá de lo previsto, sea para desviarlo. En efecto si la Escuela oficial orienta a la juventud en una determinada dirección, ello es porque ella misma está influenciada por el medio ambiente total.

#### 4. La Escuela oficial neutra

influenciada por el ambiente moderno.— Si queremos evitar que se atribuya a la Escuela oficial neutra, responsabilidades en que no es ella la única que participa y descubrir el remedio adecuado al mal difuso que se localiza en ella, debemos tomar conciencia de la presión que recibe del ambiente moderno. Una breve reseña histórica nos ayudará y podemos aún decir que ella es indispensable.

Comencemos por lo que concierne a Occidente. En el Siglo XVI la cultura occidental, doblemente debilitada, no tiene el vigor necesario para integrar debidamente nuevos valores. La metafísica decadente no es capaz de contrapesar el entusiasmo desencadenado por todos los esplendores terrestres de un mundo ensanchado; un desequilibrio se produce así que tenía que favorecer al materialismo. Por su parte la Iglesia que no se reformó a tiempo, se encuentra desgarrada por la Reforma y en un momento en que la élite padece la seducción de la antigüedad pagana. La laicización moderna comienza (1). En la vida pública como en la vida privada el anhelo de paz induce a no favorecer a una confesión en particular; de la religión aconfesional se desemboca en la irreligión: humanismo, ateísmo, antropocentrismo, racionalismo, egoísmo. Por

(1) El desenvolvimiento de la cultura sin duda conduce a una diferenciación mayor de las funciones y traza una línea de demarcación entre lo profano y lo religioso. Pero la independencia de lo laico en su terreno no lo autoriza para sustraerse a las normas morales y religiosas o a entorpecer la libertad de la vida religiosa. Es de esta laicización abusiva que aquí se trata.

falta de dinamismo o por miedo de comprometer lo sagrado con lo profano, los cristianos mismos dejan que se cave el foso que separa la religión de la vida. Del humanismo cristiano, nacido del encuentro del cristianismo con la antigüedad greco-romana y la barbarie, no quedará luego en muchos lugares sino una superestructura humanista desprovista de fundamentos religiosos. Esta superestructura es a su vez atacada por el desenvolvimiento de la técnica dentro de una sociedad racionalista. La especialización superficial se impone sobre la cultura profundamente humana, el utilitarismo sobre la contemplación. Interiormente dividido, el hombre pierde la conciencia del dinamismo profundo que debía unificar y orientar todas sus tendencias; no tiene de sí mismo, más que la representación de facultades yuxtapuestas, por decirlo así, unas con otras. En el intertanto, una economía demasiado poco humana, trastorna a las poblaciones.

En lo que respecta a los países de ultramar, el colono occidental, con su espíritu imbuido por iguales preocupaciones que en su país de origen, sólo se interesa por el aspecto económico y los problemas técnicos. Preocupaciones de orden material, interesadas. La colonización —aunque grande desde ciertos puntos de vista— lleva impresa la marca de la crisis interna que atravesó Europa en el Siglo XIX. Sucedió —en Japón al menos— que los occidentales encontraron el proceso de empobrecimiento espiritual y de laicización ya muy avanzado. Su intervención llevó al paroxismo dicho mal. La Iglesia —el mejor medio de salvaguardia de los valores cristianos— contribuyó por su parte a la educación de los pueblos jóvenes. Triste es comprobar que



por razones conocidas la evangelización fué a menudo ineficaz, especialmente por obra de la colonización.

¿De qué modo se manifiesta en Occidente y en los países de ultramar, la influencia de el ambiente moderno sobre la escuela neutral y en cierta medida, sobre toda escuela?

En primer lugar, por una concepción general de la formación. Acostumbrado a distinguir de manera excesiva la inteligencia de la voluntad, se separa la instrucción de la educación; se cae en el cerebralismo. Sucede sin embargo que la vida reíña lo que ha sido dividido arbitrariamente; pero ¿qué orientación da entonces a las almas?

Lo que se ha dicho en el acápite anterior sobre el contenido de la enseñanza encuentra su explicación. Se han silenciado los problemas religiosos. La neutralidad evoluciona hacia la fe laica, a veces en contra de la intención del legislador. La formación se especializa: por un lado la sociedad reclama técnicos, por otro, el Estado nacionalista quiere exaltar aquello que constituye su originalidad.

Desde el punto de vista institucional la influencia es más marcada aún. Hasta el comienzo del siglo XIX la mayor parte de las escuelas de Europa no solamente eran confesionales sino que dirigidas por las Iglesias. La evolución democrática al conducir a una difusión más amplia de la cultura, obligó al Estado a construir escuelas: escuelas confesionales o interconfesionales en algunos países, escuelas laicas y neutrales en otros. Con la ayuda del conceptualismo, la Nación, una y variada a la vez, es confundida con el Estado; la persona con sus múltiples talentos no se considera ya sino bajo un ángulo: el de ciudadano. La Es-

cuela de Estado aparece en consecuencia, como el símbolo y la garantía de unidad; ella es por excelencia la Escuela de los ciudadanos. Dados los favores que el Estado dispensa a sus escuelas es lógico que la elección de los padres de familia menos adinerados se vea sometida a una verdadera presión económica. Ese sistema escolar daña al des- envolvimiento religioso y a la unidad de la Nación.

Por consiguiente, cuando pensamos en la juventud que frecuenta la Escuela oficial neutral, no podemos evitar un problema que desborda aquél del curso de religión y que debe resolverse en primer lugar. En efecto, la formación religiosa exige normalmente un contexto cultural y marcos favorables. Además, la unión de los ciudadanos de una misma Nación, el entendimiento profundo y durable de los pueblos, suponen una cierta comunidad de los espíritus. Nuestra atención se ve pues solicitada primeramente por un problema de cultura.

5. La Escuela oficial y el problema de la cultura moderna.— Según Christopher Dawson, la gran revolución operada por el cristianismo en Occidente fué el paso de la religión del instinto al culto de un ideal transcendental que cada persona debe perseguir bajo su propia responsabilidad y con la ayuda de lo Alto. El cristianismo inspiró el gusto por el esfuerzo moral; despertó y sostuvo, en la persona, una voluntad activa, capaz de iniciativas de trascendencia social. El gran historiador nos muestra el éxito del humanismo cristiano occidental: un hombre unido a Dios, unificado en sí mismo, unido al pueblo por una religión común, unido a la élite de las otras naciones cristianas

por una misma cultura, religiosa y profana.

En la búsqueda de una cultura común no podemos esperar, ni aún desear un regreso puro y simple al pasado. Por una parte el compromiso religioso depende de la libertad personal; por otra, la herencia greco-latina, que indudablemente no hay que disipar, no puede impedir a Occidente acoger otros valores humanos; con mayor razón, no puede imponerse a otros pueblos.

Por el contrario la concepción de la persona y de la comunidad, que el cristianismo ha hecho entrar en las costumbres y cuyo nacimiento favoreció, pertenece en lo sucesivo al patrimonio máspreciado de toda la humanidad. Es la base de una cultura que respeta, jerarquiza y unifica todas las facultades; que, conduciendo cada persona hacia lo más íntimo de ella misma, la predispone a la unión con Dios y a relacionarse fraternalmente con todas las clases, las otras familias espirituales, los diversos pueblos; que en fin, enseña a acoger las lecciones del pasado y a empeñarse por un porvenir mejor.

Esta concepción no es esencialmente religiosa. Se la presentaría, no obstante, bajo una falsa luz, si se pretendiera ignorar el clima religioso y cristiano que ha sido el suyo.

Hacerla triunfar en todos los dominios de la cultura es salvar el más precioso patrimonio del Occidente, como igualmente el de la "Santa Rusia"; es responder a las aspiraciones del Oriente y del Africa, de muchos incrédulos modernos y de una humanidad que va siendo consciente de su unidad.

Una de las cosas reconfortantes que ofrece la lectura de las exposiciones de este número se encuentra en los indicios de can-

sancio con respecto a un laicismo que ha decepcionado a los múltiples esfuerzos para llegar a otra filosofía de la vida; y el interés por la religión, sino por el compromiso religioso. En Francia muchos laicos demuestran cansancio de una neutralidad insostenible y de un dogmatismo estrecho. En Gran Bretaña la élite se encuentra conmovida por la crisis de la universidad, no menos que por la incredulidad de muchos niños. En Alemania, la experiencia del ateísmo nazi ha obligado a reflexionar. En los Estados Unidos en numerosas publicaciones se ha estudiado las relaciones entre la religión y la enseñanza y éstas han sido discutidas en procesos de gran repercusión. Argentina y Bolivia cambian de orientación después de medio siglo de laicismo. En Australia se lleva a cabo una campaña por una educación cristiana en una comunidad democrática. Aunque aprueba una neutralidad que las circunstancias explican, la Constitución de la India respeta las aspiraciones religiosas. En el Japón se ha hundido el ídolo del Estado y una élite (poco numerosa, es verdad) ha comprendido que hay que llenar el vacío espiritual con realidades que esta vez no sean decepcionantes. Muchos pueblos de Africa protestan contra el laicismo de ciertos coloniales, ya sea en nombre de sus intereses culturales, o bien bajo el dictado de sus conciencias cristianas.

La partida, sin embargo, no ha sido ganada. El laicismo no ha dejado las armas. Algunos rechazan en bloque la cultura occidental, cuyas taras son evidentes y esperan la salvación de las sabidurías orientales. Respecto al materialismo comunista, prosigue vigorosamente su esfuerzo al final del cual espera obtener la

felicidad de la humanidad. Trata de atraer tras su estela a los pueblos desamparados como el japonés; y se ve servido por reformas escolares muy poco pensadas.

Aquellos a quienes estos espejismos ya no atraen y que comprenden en todo su valor la cultura cristiana, deben con mayor razón aún apretar filas y conocerse mejor. Este acercamiento —obra de prudencia y de audacia— supone, en el campo científico, investigaciones históricas y una penetración profunda en el pensamiento de los demás; en el campo de la vulgarización, exige más objetividad y tacto.

6. **Trasmisión de la cultura común por la educación.**— Es función de la educación el transmitir la cultura y una técnica más o menos perfeccionada. Familia, escuela, asociación juvenil, comunidad de iglesia; cada una tiene una misión de enseñanza y educación que cumplir. Cada una de ellas es también un medio ya que el desarrollo normal del ser, aunque libre, requiere marcos apropiados. Una tradición, una ideología se comunican asimismo por medio de otros órganos: prensa, cine, teatro, radio... El ideal sería que todos los medios educativos y los órganos culturales, colaboraran en la trasmisión de la cultura esencial descrita más arriba. En el hecho existen defecciones y desviaciones; los demás medios educativos deberán suplir, proteger y corregir.

Sólo nos toca preocuparnos aquí de la Escuela. La experiencia ha demostrado que no se podía separar la instrucción de la educación sin producir daños, al menos en los grados primarios y secundarios. La Escuela debe

ayudar al alumno a orientarse y a incorporarse en la vida. Ella cumplirá con este deber proponiendo los valores más elevados de la tradición nacional y contribuyendo al desarrollo de una personalidad dentro del respeto de la jerarquía de las facultades.

El problema del contenido de la enseñanza y de las normas de la educación es el más importante. Esto nos lleva a distinguir un **mínimum de formación y una educación más acorde a las exigencias de los valores y de la vida.**

**El mínimum de formación.**— Los que encuentran impracticable y nociva la antigua neutralidad piden que los problemas fundamentales sean abordados y reciban en clase las principales soluciones propuestas por las grandes familias espirituales (1). La explicación de los autores antiguos y modernos, la lectura de Pascal o de escritores extranjeros del mismo temple proporcionan innumerables ocasiones. Considerando el lugar que la religión ocupa dentro de la cultura, muchos estiman que no puede dejarse que se ignore. Debería ser presentada de manera dinámica; así aparecería de manifiesto su papel en la vida personal, social, cultural... Esta visión —que no llegaría más allá que un simple “conocimiento alrededor de” (el “learning about” de los norteamericanos) sería ya estimulante e invitaría a la incorporación o participación (engage-

---

(1) Esta información contribuirá a la amplitud de espíritu de una élite. Debe por lo demás ser administrada con discreción; de lo contrario conducirá al desencalabro — expondrá al escepticismo a muchos jóvenes.

ment) personal (2). Los partidarios de este modo de proceder piensan en la influencia de la religión cristiana sobre la evolución de la cultura occidental. Pero nada impide el empleo del mismo método con respecto a las culturas orientales o africanas. También ellas deben mucho a la religión. En todo caso, el cristianismo comprobará que estas aspiraciones religiosas encuentran solamente en la revelación de Cristo su explicación y su respuesta plena, y por lo mismo están protegidas contra desviaciones.

Una última palabra: si es importante animar con este espíritu la enseñanza profana, es más necesario aún el dar a la juventud el debido tiempo para su cultura religiosa propiamente tal. ¡Quiera Dios que se comprenda luego en el Japón y en otros países!

**Formación más conforme a las exigencias de los valores presentados y de la vida.**—El cristianismo es una visión completa de la realidad y un dinamismo que debe presidir la vida en su totalidad. La formación, que llamaré normal para el cristiano, requiere que la instrucción religiosa y la enseñanza "profana" vayan íntimamente ligadas, que el estudio de la religión y la experiencia religiosa marchen juntas, que se pase del "learning about" al "Learning experience". Blondel y los existencialistas han insistido sobre la diferencia entre el conocimiento que precede y aquél que sigue al "engagement". Si la fe no es indispensable para apreciar los grandes valores de la cultura cristiana, los revela, sin embargo, los hace ver bajo una luz nueva e inspira la fuerza de entregarse por entero a ellos.

Es por esto que la Escuela profesional, sea oficial o no, es la

Escuela "normal" del cristiano. De todos modos lo es más en cuanto al espíritu cristiano que anima, o se supone que anima, la enseñanza, que en razón de los marcos institucionales.

En esta escuela el estudio de las materias profanas prepara y prolonga la instrucción religiosa. La prepara al desarrollar disposiciones favorables a la vida religiosa, al plantear un problema, al sentir un llamado, un esbozo... La prolonga al presentar tipos u obras que encarnan el ideal cristiano, al mostrar la confirmación que la historia aporta al cristianismo. Los cursos de literatura, de historia, de geografía, de ciencias pueden contribuir mucho a la formación cristiana.

Si evita desviaciones y contracciones, esta educación, al hacer que el alma preste atención a todo lo que es humano, prepara a ésta para comprender a los hombres de otras clases sociales, de otros países, de otras familias espirituales. Ella echa las bases para una auténtica comunidad de personas.

Aunque los marcos institucionales importen menos que el espíritu, ejercen sin embargo una influencia que con el progreso de la sociología se puede apreciar cada vez más. A este respecto se observa hoy día un cambio en muchos países. Francia, Estados Unidos, Alemania... Se desea que la presión del Estado disminuya y que la Escuela engrane mejor con la Nación, es decir, con el medio cultural. Si la Nación está compuesta de varias

---

(2) Del profesor depende en gran parte el efecto de esta visión de conjunto. Un maestro escéptico en lugar de favorecer la incorporación, mantendrá a sus alumnos en el estudio crítico.

grandes familias espirituales — se dice— su sistema escolar se diversificará para articular mejor en la realidad, sin jamás sacrificar las grandes orientaciones comunes, sin minimizar el papel de salvaguardia del bien común que toca al Estado.

A este respecto ha sido la legislación escolar holandesa la que más ha llamado la atención: el Estado organiza una enseñanza primaria neutra; pero concede los mismos subsidios a las escuelas privadas, especialmente de la Iglesia Católica, de Iglesia Reformada, etc... Razones económicas y otras circunstancias particulares pueden impedir la imitación por otros países de dicho sistema. En tal caso habrá que tomar en cuenta las posibilidades y distinguir los objetivos inmediatamente compatibles con el bien común y los más lejanos. Por lo demás, la legislación no es el único factor importante; mucho depende a menudo del espíritu que dirija la aplicación.

La Escuela confesional, verdaderamente fiel a su misión es el hogar de la cultura cristiana que ha formado a Occidente y dirige el Oriente y el Africa hacia un nuevo humanismo.

7.—**Formación religiosa de los alumnos de la enseñanza pública.**—Nos referiremos aquí al caso más difícil, el de las escuelas neutrales. Las sugerencias que debemos a los autores de este número no han de ser, empero, inútiles para los profesores de escuelas confesionales sean públicas o privadas.

Dos comprobaciones nos conducirán de partida. Primeramente, los alumnos de las escuelas neutrales se reclutan en su mayoría de entre las familias que han descuidado la formación religiosa primera. Además,

si el medio escolar produce la oportunidad de una información más amplia, la enseñanza amenaza dividir el alma y obstaculizar el ejercicio de ciertas tendencias. De todo esto parten las siguientes indicaciones referentes al mensaje religioso y a los métodos aptos para transmitirlo.

Por ser la fe un "engagement" y una adhesión a la revelación, importa siempre, y más aún aquí, que dicho compromiso esté subrayado y que el contenido, ilustrando los aspectos fundamentales del cristianismo y sus orientaciones para la vida, represente a la vez verdad y valor, o mejor dicho: síntesis de valores. Más que ningún otro, el alumno de la Escuela oficial necesita para penetrar hasta el corazón del cristianismo, ser introducido por una personalidad de profunda fe, por un testigo del Señor.

Las circunstancias urgen el empleo de métodos, siempre recomendables, pero en este caso indispensables. Es preciso partir de la vida, progresar de manera viva, y por lo tanto sintética, desembocar en la vida.

Partir de la vida, es contar con los deseos profundos del hombre y con la tendencia sobrenatural del bautizado y del confirmado. Es más simple partir de un interés despertado o promoverlo. En este sentido, el estudiante de la Escuela neutral está en situación en parte más favorecida y en parte menos: tiene la atención más atraída, por lo que le rodea, sobre diversos problemas; por otro lado, su sentido religioso, su gusto por la religión está generalmente más atrofiado.

**Progresar de manera viva y sintética** constituye todo un programa. Eso quiere decir:

—poner el saber religioso en relación con el saber profano:

reponer la Historia Sagrada en su contexto; considerar en los mayores la profesión que les cabrá desempeñar en calidad de cristianos...

—suscitar a la vez el conocimiento y la experiencia religiosa y para ello favorecer discretamente, la práctica religiosa;

—mostrar la doctrina encarnada en la vida; para lo cual se debe recurrir con frecuencia a la Historia Sagrada y a la de la Iglesia...

Este proceso no cabe realizarlo si el alumno no se asocia activamente a su formación. La pasividad es aquí más nefasta que en cualquier otra parte. En todas las ocasiones se nos repite que el medio tiende a disociar la vida religiosa de la vida profana. Sólo una activa asimilación evitará este escollo, dispondrá al estudiante a enriquecer ulteriormente su cultura religiosa.

**Desembocar en la vida.**—Habiendo enseñado la doctrina cristiana vivida por los santos y confirmada en muchos puntos por la historia, el profesor ya ha hecho mucho, para que a su turno el alumno se incorpore y haga resplandecer el cristianismo. A los jóvenes cristianos les toca vivir desde ahora una vida de fe, de disponibilidad con respecto a Dios, de apostolado. Y podrán ser ayudados si se ha podido establecer una colaboración entre el profesor de religión, la familia, la parroquia, los movimientos juveniles.

**En que forma se presentará esta iniciación religiosa.** Debe parecerse más a un círculo de estudios que a una exposición doctoral. Muchas realizaciones interesantes nos han sido expuestas en el curso de este número: círculos de estudio, propiamente

tales, week-end, semanas de cultura religiosa.

Los testimonios citados a los cuales se agregarían muchos otras si fuera necesario — establecen la ventaja que hay en dar en la escuela misma una cierta formación religiosa. Si como se supone ella es de buena calidad, contribuirá a sanear y alegrar el ambiente de la escuela; ella es a menudo para el cuerpo docente la ocasión de un escape de la neutralidad rigurosa. Sobre todo ella permite alcanzar a niños y adolescentes que sus familias mantienen ajenos a la parroquia; combate en la juventud el efecto pernicioso de la neutralidad y demuestra que el sacerdote no está relegado a una sacristía; sirve de cebo, en fin, a otras relaciones benéficas, entre el niño y la parroquia, entre el clérigo y la familia, etc... (En mi opinión estas razones priman sobre las que aconsejarían un aislamiento con respecto a la instrucción profana. Pero es necesario que la formación religiosa escolar se prosiga fuera de la escuela).

**8.—Número, selección, formación y colaboración de los educadores.**—Sometemos a la reflexión del lector algunas comprobaciones bastante generales y de una importancia superior.

1.º—El número de los educadores que se dedican a la formación religiosa de los estudiantes de escuelas públicas es notablemente insuficiente en numerosos países, especialmente en los que escasean los sacerdotes. La colaboración de laicos resulta cada vez más necesaria. Muchos desean también que en la distribución de las fuerzas sacerdotales una parte más importante se destine (profesores, directores de círculos de estudio, capellanes) a la población escolar

de la enseñanza oficial.

2.0—Algunos opinantes juiciosos y bien informados estiman que la elección de los catequistas, profesores y capellanes no toma en cuenta suficientemente las particulares dificultades de la enseñanza religiosa dada a los niños o adolescentes de un medio escolar de esta especie.

3.0—La formación doctrinal y pedagógica es notable en ciertos profesores. Muchos, por lo demás, no son lo bastante conscientes del mensaje religioso que deben transmitir. El Profesor Nosengo, tan competente y celoso, aboga elocuentemente en favor de un progreso psicológico y pedagógico. Un conocimiento más profundo de la psicología religiosa y de una didáctica establecida experimentalmente es la condición de una eficacia mayor.

4.0—En fin, aparece más y más claramente que la educación es obra de colaboración. Corresponde a cada uno desempeñar su misión. Pero que en nuestro mundo imperfecto, cada cual debe estar listo para ejercitar un papel de suplente.

9.—La solución del problema, obra de una amplia colaboración.—El problema de la formación religiosa y más especialmente de la formación cristiana de los alumnos de la enseñanza pública neutral es hoy en día uno de los grandes problemas humanos y religiosos. Humano lo es por doble razón: una personalidad arreligiosa está mutilada; además el crecimiento en diversos países, de dos juventudes, la una laicizada, la otra entregada a una religión no hace presagiar una comunidad nacional muy unida. Religioso, lo es evidentemente, porque la neutralidad escolar ha

disecado la fe de numerosos bautizados y contribuido a la apostasía de las masas. Bajo diversos aspectos, el problema, vista la complejidad de sus datos, concierne también a las otras escuelas públicas e incluso a las privadas. Esto demuestra su amplitud.

Hoy día, que la humanidad ha hecho el experimento del laicismo, muchos lo están abandonando, mientras que una aspiración a la unidad se suscita en el mundo. ¿Quién más que el discípulo de Cristo podrá regocijarse de tal orientación, aún cuando ella no fije su mira muy elevada y se deje ilusionar en parte sobre los medios para alcanzarla?

Sea que se trate del aspecto humano o del aspecto religioso de este problema, la adecuada solución comporta dos puntos: una acción educativa para formar la persona y una acción institucional para crear un ambiente favorable. La primera ha de comunicar a todos ciertos bienes del patrimonio cultural de la Nación y no descuidará la ayuda a prestar a las familias espirituales empeñadas en transmitir una valiosa herencia a sus miembros y a toda la comunidad. Con respecto a la segunda, ella ha de favorecer la creación de un medio cultural en que todos puedan simpatizar sin perjuicio de la armonía íntima de cada persona y del desarrollo de cada familia espiritual. En un momento en que el descubrimiento de la energía atómica pide un nuevo "sumplemento de alma", la humanidad no puede, seducida por una uniformación superficial, embobrecerse espiritualmente. Tiene mayor necesidad de religión aún que en el tiempo de Washington, cuyo pensamiento nos ha sido traído por el P. Rooney. Tiene necesi-

dad de fuertes personalidades. Hay que poner el centro en la formación, y no esperar que el mejoramiento del medio ambiente — irrealizable por lo demás sin el concurso de personalidades poderosas — deje de exigir un esfuerzo anormal bajo ciertos puntos de vista. Una solución así no se podrá alcanzar sino poco a poco. Será la obra de una amplia colaboración. Exclúyense de ésta los que retraen a la humanidad al culto del instinto; su actitud frente a la UNESCO — que el Profesor De Visscher a evocado — es sintomática. El peligro para los demás: padres, profesores, guías religiosos, juristas... está en no

poder tomar debida conciencia del papel que le corresponde a cada uno y en esperar de los demás — Estado o particulares — una solución gratuita. Quien quiera apresurar la solución real deberá repetir el audaz título del libro del P. James Keller: *You Can Change the World, Puedes cambiar el mundo* y actuar en función de ello. En una empresa de esta envergadura, ninguna colaboración de un espíritu abierto y de un corazón generoso es pequeña.

(Traducción de Raúl Rivera Errázuriz)



## PANORAMA NACIONAL

### ENCRUCIJADA GREMIAL (1)

En Febrero de este año, la JUNECH, organización nacional máxima de los gremios de empleados chilenos, dió nacimiento a una central de trabajadores, con representación de empleados y obreros y que se llamó "Comando contra la Especulación y las Alzas". Dicho organismo tendría como misión fundamental coordinar las medidas concretas y de acción directa que permitieran atacar efectivamente la especulación practicada por productores y comerciantes.

Pronto la idea de la JUNECH tomó cuerpo y las principales centrales de obreros: CTCH comunista, CTCH socialista y MUNT, de orientación marxista, más la Federación de Estudiantes y el Mutualismo, participaron en la iniciativa del Comando contra la Especulación. La Federación Bancaria se introdujo en él como una institución independiente sin expresa aceptación de nadie; tácitamente se consintió en su representación por el señor Edgardo Maass, su dirigente máximo.

Debe hacerse notar que de inmediato se advirtió un celo inusitado en pro de la formación y acción de este Comando, de parte de la CTCH comunista, la que destacó con tal objeto en forma permanente al ex diputado comunista Juan Vargas Puebla.

A poco andar la JUNECH, haciéndose eco de la aspiración de los diversos campos sindicales en pro de la unificación de los trabajadores, comenzó a trabajar por la "unidad", la que podía lograrse dando al Comando referido el carácter de una Central gremial.

Se encontraron allí, en el Comando, los empleados —que en la JUNECH había logrado unificarse, sin preeminencia notable de ideologías políticas—, con los comunistas, los anarco-sindicalistas, los socialistas, etc. que actuaban a través de centrales gremiales notoriamente politizadas.

Al poco tiempo se llevó a efecto en el Teatro Caupolicán, una concentración con regular asistencia y se comenzaron las nuevas actividades. En aquella primera reunión se logró en cierta medida un criterio común en torno al cual era posible entenderse, y no se

---

(1) Escrito previa amplia consulta a destacados dirigentes gremiales, tanto de empleados como de obreros.

observaron arranques partidistas que habrían llevado a desacuerdos. Parecía que podría alcanzarse la finalidad práctica perseguida de una acción contra las alzas y la especulación y aparentemente se abría paso la aspiración de unidad de todos los trabajadores.

Posteriormente celebraron una nueva concentración recordando el 1º de Mayo. En esta oportunidad ya hubo choques. Los comunistas, especialmente, intentaron hacer prevalecer sus consignas, en particular las lanzadas a favor de la paz y en contra de los Estados Unidos.

Una nueva reunión en el Caupolicán dió ocasión a que el Presidente de la JUNECH Héctor Soriano (radical) fuera objeto de una tremenda silvatina. Los de la JUNECH se retiraron del teatro culpando a comunistas y marxistas en general de la acción politizadora. Se acuerda una reestructuración del Comando contra la Especulación y las Alzas, librándose apenas éste de ser disuelto. Se establecen bases escritas para la acción y se exigen para el futuro bases paritarias de empleados y obreros. Además, se exigiría al Comando preocuparse efectivamente de medidas contra las alzas y la especulación, ya que hasta entonces nada positivo se había hecho en tal sentido.

### LA MARCHA DEL HAMBRE

Salvados estos escollos, el Comando contra la Especulación y las Alzas, sin saberse a ciencia cierta de quien partió la idea, comienza a preparar la llamada "Marcha del Hambre", destinada a protestar públicamente contra el Gobierno por no atacar la especulación y permitir las alzas de precios.

El Comando propone oradores para esta Marcha y la JUNECH, en prudente resolución, los circunscribe a cuatro empleados y cuatro obreros (los cuatro obreros representarían al comunismo, los dos grupos del socialismo y al anarquismo). También hablarían en la concentración un estudiante y un mutualista. Se eliminó especialmente de entre los oradores a Edgardo Maass, empleado bancario, ya que su gremio tenía representación en la JUNECH, a través de la CEPCH (Central de empleados particulares) y mayor número de oradores obreros, como pretendía el Comando contra la Especulación y las Alzas.

La marcha se efectuó pasando por todo el centro comercial de Santiago (calle Ahumada, Plaza de Armas, etc.). La concentración alcanzó buen éxito, desfilando no menos de cinco a ocho mil personas, lo que, unido al gran número de transeúntes contemplando el desfile, dió la sensación de gran presencia de masas.

Llamaron la atención, desde el comienzo, los motes o letreros que portaban los manifestantes y los gritos de éstos que coincidían, en su técnica de ataque, con las consignas comunistas. Los discursos en su mayoría coincidieron igualmente. Especial consideración merece el de Vargas Puebla (dirigente comunista) que exhortó a la formación de un Gobierno Provisorio que presidiera las próximas elecciones, previa derogación, antes del 8 de Septiembre, de la Ley "maldita", la de Defensa de la Democracia.

En los discursos pronunciados en la Alameda se respetó el acuerdo de la JUNECH. En la Plaza Artesanos no se hizo así, y entre otros habló allí Edgardo Maass y también Dominiciano Soto, que no debía hacerlo por pertenecer a la misma Central gremial que Vargas Puebla, que ya había presentado un orador.

Los discursos del final de la marcha fueron aún más violentos; incitaban a derribar el actual Gobierno, a hacer primar la fuerza sobre el derecho en un proceso de autojusticia.

#### DESAPARICION DE MAASS Y SOTO

Al día siguiente de la Marcha, desaparecieron Dominiciano Soto, Secretario General de la CTCH comunista y Edgardo Maass, Presidente de la Federación Bancaria. En la misma mañana, por transmisiones radiales se propalaba la noticia con inusitada premura y abogados comunistas presentaban recursos de amparo a favor de cinco desaparecidos, sosteniéndose que habrían sido secuestrados o detenidos por agentes del Gobierno. Los otros tres secuestrados serían otro comunista y dos anarco-sindicalistas. Sin embargo, los efectivamente desaparecidos resultaron ser solamente los dos primeiramente nombrados.

El Comando contra la Especulación y las Alzas inició de inmediato acción para lograr que empleados y obreros decretaran un paro indefinido de protesta contra el Gobierno por el desaparecimiento de los dirigentes gremiales Maass y Soto. La JUNECH no cedió a la insistente presión del Comando y dedicó, en cambio, toda su actividad a vigilar las gestiones iniciadas por las autoridades para encontrar a los desaparecidos. Además, dió un plazo de 48 horas para encontrarlos antes de comenzar a discutir las medidas que se tomarían si se advertía falta de interés o de verdadera acuciosidad en las autoridades en la búsqueda de los desaparecidos, la principal de las cuales sería la del paro.

Mientras tanto, los dirigentes comunistas, socialistas populares y el ibañismo, culpaban al Gobierno de lo sucedido, atribuyendo, además, participación a la policía secreta norteamericana.

El Gobierno, por su parte, dió a los dirigentes de empleados toda clase de facilidades tanto para inquirir y recibir informaciones sobre lo que se hacía y ocurría como para dar sugerencias que permitieran alcanzar rápidos resultados en la búsqueda. Causó extrañeza a los dirigentes de la JUNECH que los líderes obreros no aparecieran por las oficinas del Ministerio del Interior ni por la Presidencia de la República o por otras reparticiones públicas que tenían a su cargo la búsqueda de Maass y Soto.

El Martes 28 de Agosto debía, según el Comando contra la Especulación y las Alzas, iniciarse en todo Chile un paro nacional indefinido. La JUNECH no accedió en espera de nuevos antecedentes.

### APARICION DE MAASS Y SOTO

El Lunes 27 de Agosto los desaparecidos Edgardo Maass y Dominiciano Soto fueron encontrados por las fuerzas policiales en una mina abandonada en Colliguay, cerca de Valparaíso. Estaban, según dijera al comienzo, secuestrados y "custodiados" por un ex naciente de apellido Fellenberg, Maass, debe anotarse, perteneció también al nacismo criollo cuando éste existía como partido político.

Para la opinión pública el secuestro resultó, desde un comienzo, sospechoso. Aparecidos los "secuestrados" e iniciada la investigación judicial correspondiente, se hizo ya evidente que todo había sido una comedia que podía haberse convertido en tragedia si los complotados hubieran alcanzado éxito en sus propósitos.

Sin embargo, en reunión en la tarde del mismo Lunes 28 de Agosto, ya aparecidos Maass y Soto, en el Comando contra la Especulación y las Alzas, representantes de filiación comunista insisten en la iniciación del paro el día Martes. Ya habían dado incluso instrucciones a provincias para llevarlo a efecto, a pesar de que ese Comando no podía ordenar el paro sin el consentimiento de la Central de empleados JUNECH. No cabía duda ya que había quienes querían el paro a toda costa y bajo cualquier pretexto.

Después, las fricciones entre el Comando y la JUNECH han hecho crisis. Esta central acuerda su retiro del Comando y en la discusión interna sólo se oponen los empleados municipales, representados por Santiago Alegría (tenido por comunista), los socialistas populares y Clotario Blest, dirigente de los empleados fiscales (apolítico desorientado). Los mutualistas también se retiran del Comando.

El Comando contra la Especulación y las Alzas (y la "Unidad"), —al igual que ocurrió hace algunos años a la Central Unica

de Trabajadores, la CTCH—, se va reduciendo a un Comando de fuerzas simplemente marxistas y que se convertirá, indudablemente, en un Comando comunista.

## GOLPE DE ESTADO FRACASADO

Con las investigaciones realizadas en el proceso seguido por un Ministro de la Corte de Apelaciones de Santiago, parece haber quedado en evidencia el hecho de algunos dirigentes gremiales —los señores Maass y Soto desde luego— de acuerdo con políticos comunistas, socialistas populares, todos partidarios de la candidatura presidencial del General Ibáñez, habrían fraguado el supuesto secuestro a fin de utilizarlo como pretexto para ir a un paro general y provocar así la caída del Gobierno y su sustitución por una Junta de Gobierno.

Afortunadamente estos planes fracasaron y Chile se ha evitado la vergüenza de que un grupo de aventureros se apoderaran del Gobierno, como ocurriera ya una vez en el pasado, el 4 de Junio de 1932, fecha de triste memoria para el país.

Lo ocurrido sirve para dejar en claro que existen en las directivas gremiales y políticas elementos para quienes la violencia y la acción directa parecen medios adecuados para llegar al poder. A fin de crear en la opinión pública un ambiente favorable a tales aventuras, desarrollan una activa campaña de desprestigio del régimen democrático a base de violentos ataques y críticas al Gobierno y a los partidos políticos en general.

No se nos oculta que la acción del actual Gobierno y la de los diversos partidos políticos, puede ser objeto de fundadas críticas y que realmente la situación del país se hace cada día más angustiosa debido al ritmo creciente del alza del costo de la vida. Sin embargo, como reiteradamente lo hemos señalado, la solución jamás podrá encontrarse por el camino de la violencia y la ilegalidad. Ella sólo debe perseguirse dentro del régimen democrático, dentro del respeto al régimen legal, en un duro y constante esfuerzo en pro de su perfeccionamiento.

Los partidos políticos tienen, a este respecto, una grave responsabilidad que importa destacar. De su capacidad para superar sus actuales defectos y deficiencias, de su sincero espíritu democrático y de justicia y de su capacidad para llevar adelante una acción eficaz y constructiva, depende fundamentalmente el que pueda salvarse la crisis por que pasa el país.

## CRISIS GREMIAL

El caso Maass-Soto evidencia, por otra parte, que el movimiento gremial chileno pasa también por una grave crisis.

Las gestiones de unidad de los trabajadores, para defender el poder adquisitivo de sueldos y salarios contra la especulación y las alzas y posiblemente para lograr también su unidad gremial, una vez más han fracasado. Maass, marxista Socialista Popular, y Soto, marxista comunista, han sido los elementos visibles de un complot que estaba minando las organizaciones gremiales para aprovecharse de ellas en finalidades ajenas a los objetivos propios de éstas. Es evidente también que elementos adeptos a esos dirigentes o a los grupos partidistas a que pertenecían, estaban, conscientes o inconscientemente, trabajando en la creación de un caldo culivo de un estado revolucionario. Al fracasar ellos y sus fuerzas, los gremios tendrán que hacer desaparecer la carcoma que aquellos significaban para que pueda sobrevivir la vital que hay y debe haber en los movimientos sindicales.

La crisis gremial es hoy de dos órdenes: interna por desviación de muchos dirigentes, especialmente en el campo obrero; externa, por desprestigio, ya que el público achaca al gremialismo los defectos y errores de algunos de sus dirigentes.

Pero la crisis gremial también obedece a la campaña de los que combaten el gremialismo por no reconocer la organización de los trabajadores como algo legítimo, como algo que es expresión de justicia.

Maass, Soto y los demás que caigan —pues deben caer— en esta encrucijada, representan a los elementos que deben desaparecer en la necesaria depuración que deben sufrir todas las organizaciones antes de tomar consistencia ante la historia. ¿Será capaz el gremialismo chileno de soportar este embate, superarse y mantener, pese a todo, sus cuadros directivos en posición constructiva y justa?

Lo expuesto, que traduce fielmente lo acontecido en los campos gremiales, no nos produce mayor extrañeza.

En cuanto a las personas participantes, ya incluso la opinión pública ha tenido tiempo para tener elementos de juicio. Y estos elementos llegan más allá de las personas que ahora están en tela de juicio.

Sin ir más lejos, el dirigente bancario y dirigente nacional del gremio de empleados particulares, Roberto León Alquinta (falanquista) hace más de dos años que ha luchado pública y privadamente contra las prácticas y actuaciones personalistas y desorbitadas de Maass y otros. Si los empleados bancarios y de otros gremios no lo

han escuchado por pasión, ahora, si son sinceros, tendrán que lamentar no haber atendido a esas advertencias y acusaciones.

Pero no es posible quedarse solamente en lamentar lo acontecido. Es preciso sacar consecuencias de ello que sirvan para enmendar rumbos. Lo ocurrido debe servir, a nuestro juicio y conforme con nuestra orientación permanente, como un acicate a los hombres y grupos de inspiración social cristiana o espiritualista.

Hay en esta crisis un problema moral. Moral en la orientación de los que dirigen las campañas sociales, y moral en las campañas y en la acción misma. No se trata de reivindicaciones porque sí o hasta límites incontrolados. No se trata de usar medios sin adecuación a lo pedido, ni se trata de utilizar aquellos que produzcan mayores prejuicios que los bienes por alcanzar.

Y es indudable que quienes tienen mayor obligación de traducir en la acción su filosofía o su pensamiento son aquellos que tienen una clara conciencia de por qué y para qué están en este mundo.

Por otra parte, puede fácilmente discurrirse, al tenor de los hechos, que la crisis ocurrida es una expresión de la primacía del materialismo marxista o neofacista. Y no hay duda de que aflora con renovado ímpetu, en nuestros medios sindicales, la metódica comunista staliniana. Los "golpistas" gremiales no persiguen una evolución democrática —que eso para ellos es demostración de espíritu burgués— sino que buscan simplemente el triunfo a través del caos de la revolución, que les permita poner en acto su contra-revolución.

Maass y Soto son símbolos de una de las partes en la pugna ideológica que se libra en los campos gremiales, y en la lucha por la redención proletaria respetando o desconociendo deberes cívicos y normas de justicia en los caminos y procedimientos por seguir.

La fuerza demostrada dentro del gremialismo por marxistas y neofacistas no debe llevar a concluir que deba atacarse el florecer del sindicalismo. Muy por el contrario: quiere decir que hay que continuar la lucha para que esos elementos sean desplazados, con más energía y con mayor constancia que antes. El que el gremialismo chileno no se destruya y se desvirtúe en esta crisis o por otras que vengan, depende de los trabajadores mismos y dentro de ellos especialmente de los que creen y sostienen la necesidad de un movimiento sindical sinceramente democrático y progresista, consciente de la supremacía de los valores morales y espirituales.

## EL PROBLEMA PRESIDENCIAL

Una de las preocupaciones centrales de los círculos políticos y de la opinión pública durante el mes de Agosto la ha constituido la prolongada lucha interna efectuada el día 14 de ese mes en el Partido Radical para designar su candidato a la Presidencia de la República.

La circunstancia de ser el radicalismo, desde hace más de doce años, el partido rector de la política gubernamental y el de mayor poderío electoral del país, justificaban ampliamente la expectación pública ante la elección del candidato destinado a representarlo en la lucha presidencial del año próximo.

Tres candidatos postulaban a la representación del radicalismo: don Pedro Enrique Alfonso, don Marcial Mora y don Luis Alberto Cuevas. Era evidente que la lucha se circunscribiría solamente a los dos primeros, careciendo el señor Cuevas de toda opción a obtener el triunfo en la lucha interna radical.

Don Pedro Enrique Alfonso, representaba el oficialismo de su partido, la continuación de la política del actual Presidente de la República don Gabriel González Videla, particularmente en lo que se refiere a posición internacional de Chile — ampliamente solidaria con la de Estados Unidos — y a actitud ante el comunismo — abierta oposición a éste. El señor Alfonso se caracteriza por su decidido anti-comunismo, y por una seriedad y corrección indiscutidas, pero su posición en materia económico-social es tilada por muchos de abiertamente derechista.

Don Marcial Mora, por su parte, representaba lo que ha dado en llamarse el doctrinarismo radical, que agrupa la oposición a la política del señor González Videla y una actitud amistosa para con el comunismo cuyos votos desea recobrar para el candidato radical.

El señor Cuevas representó sucesivamente a una y otra tendencia, pero en el momento de la lucha interna radical, se presentó como candidato del sector doctrinario, o sea, como opositor a la política del Gobierno.

El señor Alfonso obtuvo un estrecho triunfo — poco más de 1.000 votos — sobre el señor Mora. Sin embargo, como ya muchos vaticinaban antes de esta elección, ella no ha significado una aclaración definitiva del panorama político-electoral ni ha resuelto en forma definitiva el problema de quien será el abanderado del Partido Radical y, en general, de los partidos que forman la actual combinación de Gobierno y de otros que podrían afrontar junto a ellos la próxima elección presidencial.



Diversas causas actúan de consuno para impedir que el candidato designado ahora por el Partido Radical logre aunar a su alrededor todas esas fuerzas políticas.

En primer término el Partido Radical sufre actualmente las consecuencias de haber detentado el poder durante más de doce años en forma prácticamente ininterrumpida. La tarea de gobernar — al margen de la forma en que se la desarrolle — sólo puede realizarse a costa del prestigio y de la popularidad de quien la lleva a cabo. Es esta una ley histórica, particularmente valedera para países como el nuestro, en que la opinión pública tiene un sentido hipercrítico que la lleva a observar más que nada los aspectos negativos o erróneos de toda actuación, particularmente si es de carácter público. El político chileno, en especial si es de un partido que está en el Gobierno, sufre como ningún otro una análisis crítico de su actuación que poco a poco — con razón o sin ella — va socavando su prestigio y restándole el favor público.

Difícil sería, a estas alturas, hacer un juicio crítico, imparcial y definitivo, sobre los resultados del paso por el Gobierno del Partido Radical. Hoy son más aparentes que otros los aspectos negativos de su acción: lo que no se ha hecho, pudiendo y debiendo hacerse; lo que se ha hecho mal o en forma que ha resultado perjudicial; las fallas y debilidades de sus hombres, etc. La labor constructiva de un Gobierno, salvo ciertos actos espectaculares, no puede apreciarse sino después de transcurrido cierto tiempo. El juicio histórico sobre el Gobierno Radical en Chile aún no puede hacerse.

El hecho que no puede ser desconocido hoy día es que el Partido Radical aparece ante la opinión pública como el causante de todos los males que aquejan al país, aun de aquéllos que se gestaran muchos años antes de que él llegara al poder. El descontento real y efectivo existente en el país, se concentra hoy como nunca en el Partido Radical, y es un factor de unión entre elementos los más dispares, cuyo único punto de acuerdo es el estimar que hay que evitar a toda costa que el radicalismo siga en el poder.

No señalaremos aquí, — porque no interesa para los efectos de este análisis, — lo que podría criticarse a nuestro juicio, con razón, al radicalismo. Lo que importa es señalar que el Partido Radical sufre y en forma aguda — con justicia o sin ella — las consecuencias de estar en el Gobierno desde hace más de doce años: desprestigio, impopularidad, repudio por vastos sectores de la opinión pública.

Por otra parte, su situación interna contribuye a hacer más

lejanas y difíciles sus posibilidades de mantenerse en el Gobierno dando la lucha presidencial del año próximo en torno a un hombre de sus filas. El candidato que ha designado, don Pedro Enrique Alfonso, aparece en una situación muy desmedrada: elegido por menos de la mitad de sus militantes, se encuentra con que la otra mitad, según declaración pública de sus dirigentes, no trabajará por su candidatura y se limitará solamente a otorgarle su voto.

Todas estas circunstancias se reúnen para hacer difícil si no imposible que un candidato radical pueda obtener el triunfo en la elección presidencial.

Esta situación reviste particular gravedad, porque el Partido Radical y sus actuales aliados en el Gobierno, representan, pese a todas sus deficiencias, dentro de la política chilena, la coalición democrática y de avanzada. La candidatura de don Arturo Matte, aun con todos los merecimientos personales que puedan reconocérsele, significa la derecha económica y su triunfo acarrearía por ello un retroceso en el progreso social del país. La candidatura del General Ibáñez encarna el peligro totalitario, en una de sus peores formas, cual es la de una coalición marxista-nascista.

De ahí que sobre el Partido Radical y sobre sus aliados pese una inmensa responsabilidad. Es indispensable que sepan afrontar con resolución y entereza esta encrucijada y, sobre todo, con generosidad y elevación de miras, posponiendo las conveniencias partidistas en aras del interés del país y de los puntos de vista comunes que representan. Sólo así podrá salvarse la continuidad de nuestro régimen democrático dentro de un espíritu de avanzada social.

Particularmente necesario es que el radicalismo se percate cabalmente de la situación que debe afrontar. Si desea y pretende que, en todo caso, el candidato de los partidos que forman la combinación de centro-izquierda sea radical, pese a todas las circunstancias adversas a tal candidatura, sólo logrará sufrir una derrota de incalculables consecuencias para el futuro del país. Es por ello necesario que los radicales sepan mostrarse a la altura del momento histórico que les toca vivir y que para afrontarlo tengan la altura de miras y el valor de juzgarlo en función del interés permanente de nuestra democracia y del espíritu de avanzada que sostienen representar.

En los partidos aliados del radicalismo, particularmente en la Falange Nacional, se ha ido afirmando el criterio de que ésta es la única forma de afrontar el grave problema de la sucesión pre-

sidencial. Cabe, por ello, esperar que los radicales se compenetren también de que deben posponer sus aspiraciones partidistas, por legítimas que les parezcan, a intereses más altos y que finalmente se llegue a designar en conjunto por todos estos partidos un candidato que esté en situación de alcanzar el triunfo en las próximas elecciones presidenciales.

www.archivopatricioaylwin.cl

## LIBROS

“CHILE A LA VISTA” de Eduardo Blanco Amor.—Editorial Del Pacífico, 1951.—Los escritores al escribir un libro, sobre un país, lo pueden hacer para cumplir su profesión de escritores o para expresar sus sentimientos íntimos, nacidos de la convivencia y observación agradada de los connacionales. Aunque suene a herejía diré que, lo primero, me parece *El Nilo y Egipto* de Ludwig y, lo segundo, *Brasil País del Futuro* de Zweig.

El libro de Eduardo Blanco Amor, que hace poco entregara al público la “Editorial del Pacífico” es, sin duda, un libro en que como el mismo autor lo dice: “...Chile empieza por estar en los ojos y acaba metiendo raíces duraderas y crecientes en la propia carne del corazón”.

Es evidente que el conjunto de la obra no tiene la perfección literaria de “La Catedral y el Niño”, la novela que mostró a Blanco Amor como un escritor de real valía y futura estirpe. Mas lo anterior es válido sólo en cuanto al conjunto literario del asunto. Mirado el libro, de propósito, capítulo a capítulo, forma y fondo, no puede dejarse de afirmar que hay aquí, en “Chile a la Vista”, páginas que serán obligados temas de cualquier antología; por la perfección del estilo y la fidelidad interpretativa que el autor ha puesto en su crónica. “Los Taxis Esteticistas; Los Mercados insólitos; Sobre la Solemnidad; Sobre la Exageración”, entre otros, son, en la parte del libro dedicada a Santiago de Chile ejemplares trazos en los que no hay... “riesgo al enseñar el cuadro a la familia del retratado” como, tímidamente, se expresa en el prólogo.

El segundo grupo de capítulos que cuentan a Chile por lo que toca contarlos con mirada sobre Valparaíso, Viña del Mar, la visión del Océano Pacífico, etc., son una agradable visión de “turista español”. De turista que comenzó gozando con la preferencia que un viaje en automóvil tiene sobre el avión ya que aquél, al no exceder los cien kilómetros por ahora, permitía al autor “...ir dando tumbos por las cornisas y barrancos de la Cordilera Vieja, llenos los ojos de su fluxión verde...”.

Hermoso es el capítulo que se titula “El Mar: Nocturno en el espejo” y en que, en pinceladas maestras, aparece a los ojos todo el espectáculo de nuestro principal puerto que al anocher, incluso a los paisanos, desde la distancia, nos confunde las estrellas, las luces y el mar.

Más adelante, siguiendo el itinerario conque recorrió Chile, Eduardo Blanco Amor, encontramos algo común en el estilo del autor, la comparación de Valparaíso con otros puertos famosos: Nápoles, Marsella, Bahía..., en lo que no encuentra analogías.

Pero es que no se trata de las semejanzas externas, tecnócratas, mercantilistas; nuestro turista español está contraponiendo almas de pueblos y su grito comparativo, así, sólo se detiene en “...la Andalucía valliserrana y granadina”, dice exclamando; “¡Cuánto habría gozado aquí Federico García Lorca!” y sigue, para que no quede dudas sobre su “turismo sociológico”. “...Me interesa el Valparaíso cien por ciento chileno, el existencialista, el existente por diferente. Y se parecen, precisamente, al Albay-sin, al barrio gitano. El mismo

abigarramiento, igual pobreza llevada sin aparente protesta; el mismo rebullicio y alegre viveza de la chiquillería semi desnuda: la greña caída, el ojo avizor y la réplica fulminante; el mismo tráfico menor de verdulerías, fritangas y humildes contentos, en cestillos para el paladar; el mismo andar escorado...”.

Es también, capítulo preferente, el dedicado a los burros a favor de los cuales dice, debiera dictarse “Una Ley que prohibiese, bajo severas penas, cargarlos con nada que no fuesen los productos del agro y que los cabalgasen otros jinetes que no fuesen los niños”. Y es verdad: ¡Qué despreciable sensación estética dan los hombres grandes, de piernas larguiruchas, colgantes, cabalgando en asnos pequeños y tristes.

Cuarenta y tantos capítulos que tratan de Santiago y Valparaíso, mostrándolos con sus realidades visibles e invisibles, constituyen la mitad del libro. La otra mitad de “Chile a la Vista” son los retratos del sur, desde Cerro Manantiales, hasta el norte, más allá de la ciudad de Arica.

Son admirables los bocetos dedicados a Punta Arenas en que además de lo turístico, que es cuento de lo bello por expresión de paisajes, nos traen informes sobre las riquezas del petróleo y de la ganadería. El buceo de Blanco Amor hacia como los chilenos sienten sus tierras y sus cosas lo percibimos claramente en las líneas que cuentan la impresión ante el petróleo surgente “...meten la mano en el turbio líquido, como en una unción redentora, como en una limpia agua lustral que estuviese bautizando un nuevo adjetivo para el nombre de Chile...”.

Y su espíritu parece responder a su posición de hombre que

siempre compara al escribir a continuación. “Yo, en silencio, mojo un ángulo de mi pañuelo... quiero llevarme este autógrafo... del nuevo protagonista de la esperanza y del trabajo chilenos”.

El capítulo en que cuenta el viaje de regreso, al norte, “Por estrechos y Canales” es de gran emotividad. El poeta que hav en Blanco Amor sabe pintar el miedo de la travesía, los vientos, las olas, las rocas, la soledad y sabe mostrar, a pesar de eso, la alegría del alma viajera.

Al llegar a Chiloé, Blanco Amor vuelve a emparentarnos con su España: “¿Cómo hizo Ud. —capitán— para navegar diez mil millas en una noche? Estamos en mi tierra. Perdone Ud. estamos en la mía. ¿Pero no es eso Ortigueira, en Galicia? —No señor, es Quellón, en Chiloé”.

Vienen después capítulos con rasgos sobresalientes de esa tierra isleña que sólo la comprenden bien sus fieles chilotos o, como ahora vemos, sus semejantes los gallegos. Blanco Amor no es parco en mostrar las naturales bellezas de las islas: “Es el tiempo de los copihues. Asoman por doquier su tierno farolillo, en la gama del carmín o en blancos inocentes; son millones de campanitas, su sonido es el grito afinado de su color; son rondas de diminutas bailarinas cerecnadas por la cintura; son... Todo florece aquí”.

La tercera parte de “Chile a la Vista” es el norte. Se pasa, viniendo desde Chiloé, por Puerto Montt y su Angelmó; se viaja junto a los Lagos; se pernocta en Temuco, se examina Concepción, Ciudad Universitaria y se llega a Chillán. Se detiene largamente Blanco Amor en Sewell, aquí en Rancagua, para desmenuzar el cobre y, como para-caidista, volando sobre Santiago,

se aterriza en Taltal. Desde allí se va a la Pampa.

“Yo llegué —dice el autor— a estas pampas pensando en un mundo de “fellahs” industriales, de resignados ex hombres lanzados hasta aquí quien sabe por qué extrañas formas de la desesperación...”. “El pampino se me ofrece como una realidad psicológica aparte...”. “Yo no he visto en Chile gente de trabajo más cuidadosa de sí que ésta”. “Pero el pampino ríe. Es el hombre librado a su coraje viril que se goza en el milagro de su propia sobrevivencia”.

Interesantes y hermosos los capítulos dedicados al norte; Antofagasta, Calama, el río Loa, San Pedro de Atacama, Toconao, Chuquicamata, etc., permiten a Blanco Amor adentrarse en esa parte de Chile extrayéndole sus sudores y alegrías.

Nada del norte se escapa a este viajero que va, con entusiasmo de algo propio, mirando las tierras de esta patria que siente como parte de la suya y que, por

eso, la cuenta cual parte de su corazón. Ni siquiera se escapan a este escritor de Chile los espectáculos lugareños y repara hasta en: “Los chinos, los alcatraces, las albacorras”. “La mina de sal”, los oasis; Pica, Matilla, la Pampa del Tamarugal...

Termina el libro en Arica, pero no en la ciudad misma en la cual “No es verdad que Arica “sea poco chilena”. “El Morro hace punto final a la cordillera de la costa...”. “...luego las playas, el mar tibio, el camino de la costa...”.

Pero Blanco Amor no termina con la ciudad, va hasta la misma línea divisoria, hasta allí, donde: “...se entra al conocimiento y al seguro amor de otro país igualmente ilustre, igualmente grato para el corazón de un español...”.

“Chile a la Vista” es un libro que entra de inmediato a la producción ejemplar de nuestra literatura nacional.

A. Naranjo U.

# LAS CRISIS CICLICAS EN LOS SIGLOS XIX Y XX

por G. VALLEE, E. PERSONNE y P. MENARD

## INTRODUCCION

Entre los grandes sucesos históricos de los siglos XIX y XX, hay que mencionar las crisis económicas mundiales que se producen después de cada "ciclo" o período de diez años. De ahí su nombre de "crisis cíclicas".

### I.—CARACTERES Y CAUSAS DE LAS CRISIS CICLICAS

1.—La vida económica moderna está basada sobre el régimen capitalista. Pero esta economía capitalista no ha cesado de evolucionar. Hasta 1848 más o menos, ella ignora el poder del crédito internacional y cada nación vive de sus propios recursos. Por lo mismo las crisis son limitadas en sus efectos. La de 1811 no afecta más que a la Europa napoleónica.

La crisis de 1846-48 fué más general. Ella afectó a toda Europa, pero no se propagó a América.

2.—Después de 1848 esta economía capitalista, todavía joven, evoluciona considerablemente. Todo se orienta sobre el plano internacional: las diversas industrias reciben de los grandes bancos internacionales capitales anónimos y cosmopolitas; el comercio se hace mundial, lo que se facilita por la reducción de las barreras aduaneras. Las nuevas condiciones de la producción y de los intercambios hacen nacer la idea de la solidaridad entre todos los estados del planeta. Por lo mismo cuando una crisis se declara en algún lugar del mundo, es de temer que ella se propague a través de los estados y continentes. Ya se puede definir las crisis cíclicas como enfermedades orgánicas y periódicas del sistema capitalista moderno.

3.—Las causas de estos fenómenos se encuentra en los caracteres mismos de la economía dominante. Ellas se resumen en la sobreproducción. El maquinismo trae consigo la producción en serie, fomentada por los diversos perfeccionamientos técnicos. Esta producción en masa no se sabe si se logrará encontrarle salida. En todo caso maquinismo y técnica traen consigo por un tiempo una gran prosperidad industrial. Luego repentinamente cambia el cuadro: el mercado se encuentra atascado, aún si se le extiende a los

límites del globo terrestre, o bien hay crisis bancaria. De donde: desconfianza, mala venta, los bancos se niegan a otorgar crédito, se cierran las fábricas, cesantía. Se espera la baja. El consumo disminuye, los stocks se acumulan. Quiebras. Miseria. Los más débiles sucumben, de donde resulta concentración capitalista cada vez más intensa. En lo sucesivo el mercado se encuentra "saneado". Y el ciclo vuelve a comenzar: renovación de las técnicas, prosperidad temporal que conducirá dentro de diez años más o menos a una nueva catástrofe. Por otra parte, muchas crisis son seguidas de consecuencias políticas. Su desarrollo lógico es una ilustración de estos principios.

## II.—DE 1857 A 1914: SIETE CRISIS CICLICAS

1.—La crisis de 1857 es la primera de las crisis mundiales. Ella estalla como relámpago en pleno período de prosperidad: beneficios obtenidos por los países neutrales que venden su trigo muy caro durante la guerra de Crimea. De donde resulta una tendencia a la especulación, a la sobreproducción agrícola. Por eso el mercado se encuentra sobre abastecido. Y la crisis parte de los Estados Unidos, que se habían dedicado a la producción en grande de cereales. En consecuencia, mala venta.

Los norteamericanos comienzan a retirar los capitales prestados a los bancos, por lo cual se producen numerosas quiebras de bancos y también de empresas industriales (más de 5.000 en algunos meses).

Como consecuencia de la solidaridad entre los estados, esta bancarrota norteamericana desencadena la crisis en todo el mundo. Primero en Europa donde los pedidos norteamericanos de productos industriales disminuyen. Las fábricas se cierran, las quiebras se multiplican en Inglaterra, Alemania, Escandinavia, Italia, Budapest, Varsovia, hasta Batavia y Singapur. La tasa del descuento aumenta. La cesantía se extiende. La miseria es espantosa en Inglaterra en sus regiones industriales. Francia es el país menos afectado, porque sus empresas dependen menos del crédito internacional. Los precios al por mayor bajan mucho, los por menor poco.

La crisis financiera de 1857 no dura más de dos meses. Pero sus consecuencias económicas duran hasta 1860. Fué necesario el transcurso de dos o tres años para que se volvieran a producir los volúmenes de exportación de 1856.

En Francia la crisis fué seguida por un estado de inquietud general de la pequeña burguesía por la reducción de sus dividendos en las acciones de los ferrocarriles. De donde resultó la elección de



7 republicanos en las elecciones de 1857, la ley de seguridad general (1859) y la guerra de Italia (1859), como derivativo al mal-estar.

2.—La crisis superada, las cosas ocurren con el proceso indicado más arriba. Los precios vuelven a subir. Luego viene la catástrofe de 1866, menos brutal sin embargo que la de 1857. Habiendo cerrado sus ventanillas de pago, un gran banco inglés, se produjo una sucesión de quiebras que repercuten por todos lados, especialmente en Francia (quiebra del Crédito Mobiliario de los Hermanos Pereire, uno de los grandes bancos del II Imperio). Pero el crédito internacional salva la situación.

3.—Sería aburrido enumerar en detalle las crisis que se prosiguen a intervalos regulares. Ellas son menos graves que la de 1857. La de 1873 tuvo su punto de partida en Viena.

La depresión se extiende a Europa y América. Crisis muy larga, dos millones de cesantes en Estados Unidos en 1877. Miseria general, de donde se deriva una política colonial para conquistar salidas exteriores. Crisis de 1882-84: Crack de la Unión General de París. Quiebras numerosas en los Estados Unidos. Crisis de 1893 (Austria, Italia, Estados Unidos: un millón de cesantes). En todas partes reducción de los negocios. Los precios permanecen muy bajos (precios al por mayor) hasta 1895.

Nuevas crisis en 1907 y 1914. Su violencia disminuye por el período de los trusts que resisten a todos estos asaltos. Sin embargo, la primera guerra mundial es una consecuencia de estos antagonismos económicos. Ella debe ser interpretada como una tentativa para eliminar del mercado mundial a los competidores más débiles.

### III.—LA CRISIS DE 1929 Y LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

El siglo XX, que no comienza sino que después de 1914, vive igualmente bajo el signo de estas crisis universales.

1.—La de 1921, causada por el exceso de especulación, conmueve al mundo entero, pero no afecta a los Estados Unidos, que fueron los grandes ganadores de la guerra, baja de la moneda, quiebras numerosas, cesantía intensa, déficits presupuestarios, huelgas, desórdenes sociales. Esta crisis facilitó en Italia la marcha sobre Roma y el triunfo del fascismo (1922).

2.—Contrariamente a la crisis de 1921, la catástrofe de 1929 es universal. Es el acontecimiento más profundo que haya jamás trastornado la economía mundial: se caracteriza por la sobreproducción (mantenida desde la guerra) en un mundo en el cual los

mercados exteriores disminuyen cada vez más (Canadá, Brasil, Argentina, Japón, industrializados durante la guerra; Rusia a partir del triunfo de los soviets). Forzosamente, con más mercaderías y menos clientes, los precios bajan. Las fábricas no reciben más pedidos: es la cesantía. La crisis se extiende a los productos agrícolas, tanto en los países de moneda fuerte (precios muy elevados) como en los países de moneda depreciada (contra los precios bajos los estados extranjeros se protegen mediante barreras aduaneras). Hasta aquí es una crisis de Europa occidental. Los Estados Unidos no parecen sufrir.

Una crisis sin precedentes de la economía norteamericana que descansa ante todo sobre el crédito. El 30 de Octubre de 1929 se produce el pánico en la Bolsa de Nueva York; sucesión de quiebras, familias arruinadas por cientos de miles. Cesantía. Decuplicada por esta marejada, la crisis se extiende en Alemania, Austria, Inglaterra, Francia. Miseria general. Por todas partes cierran las fábricas. En enero de 1931, tres millones 600 mil cesantes en Inglaterra; cinco millones y medio en Alemania en 1933; el mismo año 300 mil en Francia y 900 mil en cesantía parcial. Se dan primas a los cesantes reducidos a la miseria. Imposibilidad de hacer salir las mercaderías: por no poder venderlo se quema el café en el Brasil, se destruye el trigo en los Estados Unidos, se le desnaturaliza en Francia, se arrancan las viñas. Indignación de las masas populares que carecen de lo necesario. Suicidios, criminalidad.

Consecuencias políticas. En Francia los partidos de derecha tratan de tomar el poder por la fuerza (6 de Febrero de 1934). En Alemania, la población reducida a la desesperación se arroja en los brazos de Hitler (1934) quien le promete por una política de conquista, nuevas salidas exteriores ("Mein Kampf").

El resultado final de esta crisis es la segunda guerra mundial, querida por Hitler y los "nazis".

## CONCLUSION

En 1859, 1914, 1939, las crisis cíclicas han desencadenado la guerra, consecuencia fatal de las contradicciones del mundo económico moderno, a menos que los hombres irresponsables sean dirigidos por ciegas fuerzas cósmicas (relación comprobada entre las crisis cíclicas y las variaciones de actividad de las manchas solares).

Traducido especialmente de la  
"Nouvelle Revue Pédagogique",  
Ns 7 y 8, Enero de 1951.

## INDICE

	Págs.
CHILE Y GABRIELA MISTRAL .....	325
CHILE MIRADO, por <i>Eduardo Blanco-Amor</i> .....	327
SEMBLANZA DE EDUARDO FREI, por <i>Alejandro Mag-</i> <i>net P.</i> .....	333
LAS CRISIS CICLICAS EN LOS SIGLOS XIX Y XX, por <i>G. Vallée, E. Personne y P. Mennard</i> .....	401
HACIA LA COPROPIEDAD Y LA COGESTION DE LAS EMPRESAS, por <i>Sergio Baeza Pinto</i> .....	368
ESCUELAS DE ESTADO Y FORMACION CRISTIANA, por <i>Georges Delcuve S. J.</i> .....	374
PANORAMA NACIONAL .....	387
LIBROS:	
“CHILE A LA VISTA” de <i>Eduardo Blanco-Amor</i> , por <i>Alfonso Naranjo U.</i> .....	398



*Este número de POLITICA Y ESPIRITU, Cuadernos mensuales de Cultura, Política y Economía Social, se terminó de imprimir el 28 de Septiembre de 1951 en los Talleres de la “Editorial del Pacífico, S. A.” (San Francisco 116, Santiago de Chile).*



EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.

EJEMPLAR \$ 30,00

SEPTIEMBRE DE 1951

PRINTED IN CHILE

TALLERES EDIT. DEL PACIFICO S. A.